

SERIE  ALFA

Editorial  ALAS

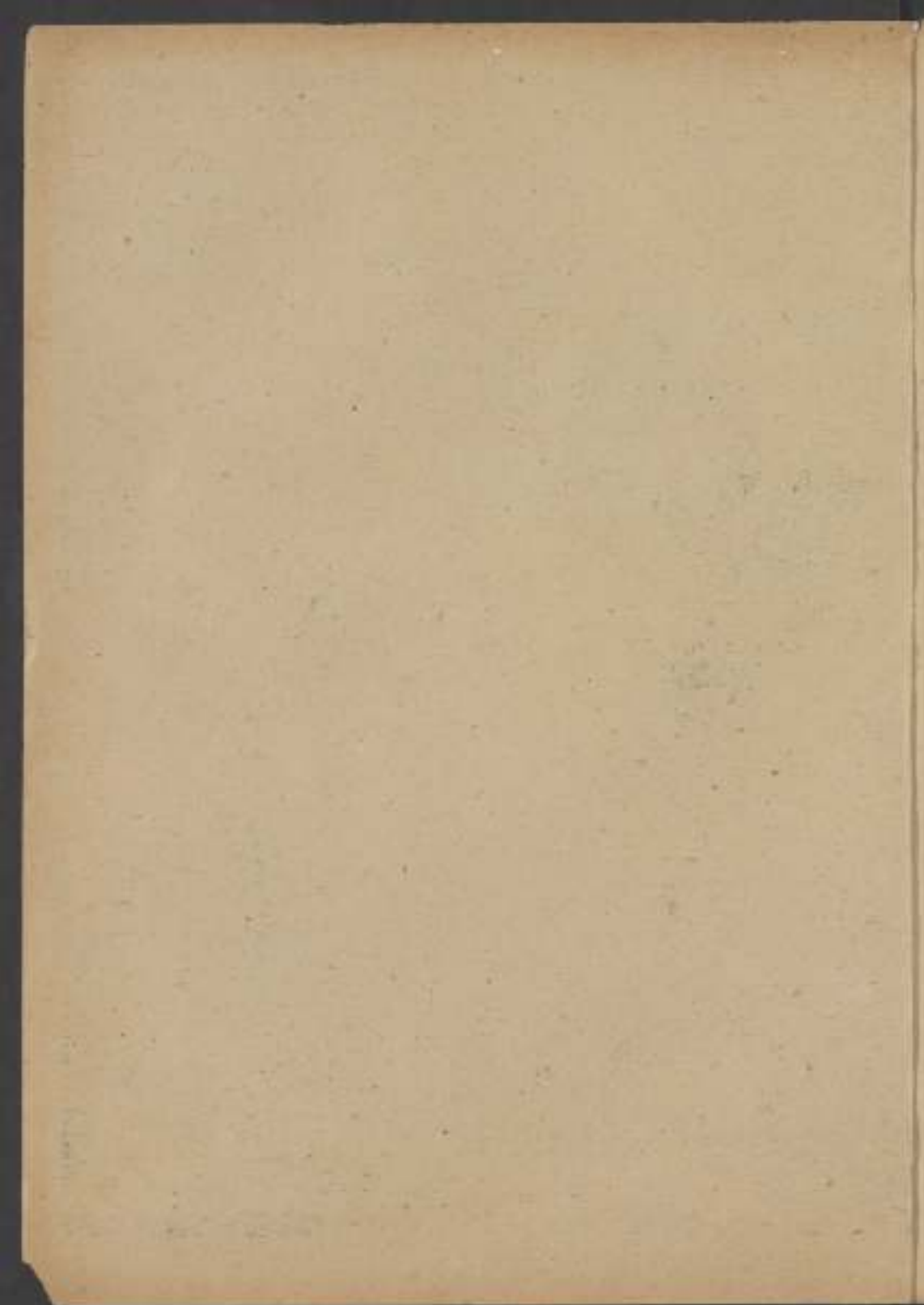
2'50
PTS

ACUSADA



DOLORES
DEL RÍO

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS





ACUSADA

Reservados los derechos de
traducción y reproducción

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS

DIRECTOR PROPIETARIO: RAMÓN SALA VERDAQUER
DIRECTOR LITERARIO: MANUEL NIETO GALÁN

ADMINISTRACIÓN, REDACCIÓN Y TALLERES:
Valencia, 224 - Apartado Correo 307 - Telef. 70657 - Barcelona

AGENTS DE VENTAS: Sociedad General Española de Librería
Richard, 10, Barcelona -

EDITORIAL

ALFA

Publicación semanal

AÑO XVI

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS
SERIE  ALFA

NUM. 302

Núm. 5

ACUSADA

Una joven pareja de bailarines, unidos por el amor, anhelando imponer su arte en los teatros de París, es, en virtud de circunstancias acusadoras, envuelta en el sucesos misterioso de un asesinato. La situación, francamente peligrosa para la esposa del bailarín, queda resuelta gracias a la energía de éste, que guiado por su cariño, logra descubrir al culpable — — —

Una selección IBERICA FILMS

J. F. ARQUER  BARCELONA
P E L I C U L A S
CINEMATOGRAFICAS
Paseo de Gracia, 118
Teléfono 78441

Una película de
DOLORES DEL RIO

Director:
THORTHON FRECLAND

Narración literaria:
JORGE AREVALO

ACUSADA

RESUMEN ARGUMENTO
DE LA PELÍCULA

ENSAYOS TEATRALES

Si hay alguien que esté al corriente de todas las cosas sucedidas durante los últimos años en el mundillo teatral de París, éste es Alfonso de la Riviere. Dedicado durante toda su vida al escenario, en el que llegó a ocupar el puesto de primer actor en diversas compañías, consiguió por fin el honor de serlo también en la famosa que capitaneó la mundialmente conocida Sarah Bernhardt. Este éxito de su carrera artística es el que más le enorgullece y no pierde ocasión de contarlo a aquellos noveles que hacen sus primeras armas en las tablas, contribuyendo con ello a que se le considere como una gloria de antaño. Porque ahora Alfonso de la Riviere, más comunmente conocido por

Papá, está en esa edad que ya no es prudente dedicarse activamente a la vida de bastidores, aunque el cariño que siente por los mismos haga que intervenga de manera indirecta en lo que siempre fué su profesión.

Conocedor de todas las compañías, estrellas y de los gustos del público, es solicitado por los empresarios de París para que les dé su opinión sobre innovaciones o pareceres que puedan ser discutidos. Su misión es abstracta por cuanto igual acude al lado de un empresario, en calidad de consejero, que, sin menosprecio para su persona, atiende las diferentes demandas que en un teatro pueden ocasionar los consagrados.

Después de una breve ausencia de

los tablados parisienses, Ivette Delange la artista internacional, vuelve a reaparecer en el teatro Alhambra, al frente de una revista montada con todo lujo por el empresario Adolfo Morel. Este, desviándose de las viejas normas de dedicar toda una obra para el fucimiento personal de una actriz determinada, sostiene que la revista debe dar paso a numerosos cuadros escénicos en los que intervengan muchos rostros bonitos que, en su opinión, es lo que el público quiere.

El escenario del teatro Alhambra se halla con tal motivo, constantemente lleno de artistas de diversas nacionalidades, que delante de su empresario Morel pretenden obtener un contrato para actuar en su próxima revista de altos vuelos.

Morel contempla desde el patio de butacas el ensayo de diferentes números. Un grupo de coristas, todos jóvenes y bonitas, ensayan bajo la mirada del profesor de baile un número de conjunto.

El empresario examina atentamente su actuación, cuando Ivette Delange se sienta a su lado y murmura algo contrariada:

—Estoy viendo que no debutamos ni dentro de tres meses.

—Siéntate, querida. Qué guapa estás—reponde Morel galantemen-

to y con el fin de no dar pie a discusiones.

—Cada nuevo conjunto que eliges es menos competente que el anterior—sigue insinuando Ivette, disgustada por no ser ella quien se lleve todos los aplausos.

—Y más bonito—indica Morel, señalándole el grupo de chicas que bailan en el escenario y que si bien no siguen en un todo el ritmo de la música, tienen en su disculpa unos rostros de muñeca que siempre sonríen agradablemente.

—A lo mejor no se te ha ocurrido preguntarles si habían bailado alguna vez.

—Claro que se me ha ocurrido. Y también se me ha ocurrido que al público le gusta ver juventud y belleza.

Pierre, el director de baile, observa que una de las muchachas estropea lamentablemente el conjunto a pesar de los esfuerzos que hace para seguir a sus compañeras.

—¡Para!, ¡para!—indica al pianista—. Eh, tú... ven aquí—le dice a la joven—. Fíjate bien, chiquita. Es muy fácil. Primero mueve el pie izquierdo, luego el derecho y das dos saltos sobre el derecho mientras cambias...

Pero no termina la frase, ya que observa a la corista que sonríe deliciosamente y al fin le dice:

—No te preocupes. Sonríe nada más; con eso es bastante. Vuelve a tu sitio. Venga otra vez. Uno, dos... —comienza, ensayando nuevamente el baile, convencido de que el público apreciará mejor la juventud y belleza de su conjunto que no los pasos complicados de la danza.

Mientras tanto, Ivette, malhumorada, continúa quejándose a su empresario que le escucha con benevolencia.

—Y estos diseños. Son horribles —se lamenta a la vista de diversos dibujos para los decorados de la revista.

Afortunadamente para Morel, se ha acercado hasta ellos Papá y el empresario aprovecha la oportunidad de su llegada para consultarle.

—Y usted, Papá, ¿qué opina del espectáculo? Aconsejeme con su vasta experiencia —solicita Morel, deseando que haya alguien que le apoye.

—Con otra música, quizá... —sugiere Papá, a quien no placen mucho tampoco las innovaciones del empresario.

—Y otro conjunto —insiste Ivette Delange.

—Ideas nuevas. Comedia.

—Continúa, Papá —ordena Morel, apreciando los consejos del anciano actor.

—Diálogo brillante, actuación distinguida.

—¿Y usted cree que es todo lo que necesitamos para tener éxito?

—Naturalmente.

—Moliere me dijo una vez... —comienza a explicar Papá con ánimos de citar alguna feliz actuación pretérita, pero es interrumpido por Morel, que le ordena:

—Sí, sí, muy bien. Vaya a ver si la pareja de baile está preparada.

—Moliere... —insiste el actor, pero no le deja continuar Morel.

—Sí, está bien, gracias.

—En vista de la inutilidad de su insistencia, Papá decide marchar en busca de la pareja de bailarines, diciendo para sus adentros que hoy no saben hacer justicia a su pasado artístico. Pensando en ello llega a la puerta del camerino de los mismos.

Son éstos una pareja de americanos recién casados. París les ha seducido como escenario para adquirir fama y esperan la ocasión de poder presentarse ante el público de la capital, si logran obtener el contrato de Morel. Gaby Seymour es una deliciosa mujer de grandes ojos negros y labios sexuales, que une a la perfección de sus encantos físicos, una simpatía irresistible que atrae

a todos aquellos que tienen ocasión de tratar con ella. Su marido, Tony Seymour, es el tipo clásico del americano optimista y deportivo. Alto, de pelo ligeramente castaño y de carácter casi infantil, adora a su mujer.

—Querida, estás nerviosa. No hay por qué preocuparse—explica Tony a su mujer al observar el nerviosismo de ésta—. He hablado con el director de escena, con el pianista, con todo el mundo.

—Espero que les gustemos—suspira Gaby, abrazándose a Tony y esperanzada de conseguir el contrato.

—Claro que sí. Somos jóvenes, atractivos, simpáticos—halaga Tony acariciando dulcemente a su mujer y alentándola a serenarse.

—¿Lo somos?

—Bailamos con una brillante falta de talento—continúa diciendo Tony, juzgando su actuación con ironía—; pero con sólo mirarnos nos contratarían.

Unos discretos golpes dados a la puerta del camerino cortan la conversación, al tiempo que Tony pregunta:

—¿Quién es?

—Señor Seymour—anuncia Papá, al tiempo que abre la puerta—, la señorita Ivette Delange y yo, Alfonso de la Riviere, estaremos encan-

tados de verles bailar, si están dispuestos a salir a escena.

—En seguida estaremos con ustedes—manifiesta Tony dando los últimos toques a su indumentaria.

—Bien. Muchas gracias —dice Papá al retirarse.

Gaby y Tony, un tanto nerviosos los dos, por su inmediata actuación, quedan en el camerino arreglándose, mientras Papá llega al escenario y al verlo ocupado ordena al director de baile:

—Pierre, Pierre. Necesito que desaloje el escenario. Queremos ver el nuevo número.

—Muy bien, Papá. ¡Muchachas! ¡Cinco minutos de descanso! No se vayan del escenario. Y guarden silencio.

La orden de descanso es acogida con gran alagarabía por las muchachas que ya se encontraban cansadas de tanto ensayo. Al retirarse cada una en busca de algún lugar donde poder sentarse, comienzan a comentar los incidentes del día. La aparición de la pareja de bailarines y los constantes requerimientos de Pierre obligan a callar, al tiempo que Papá se dirige al pianista preguntándole:

—¿Tiene usted la música de los bailarines Seymour?

Este, con gran cachaza, busca una partitura y empieza a interpretarla.

Gaby y Tony comienzan a tejer los difíciles pasos de su danza ante la admiración de tramoyistas y personal del teatro.

Morel, desde el patio de butacas, juzga la actuación de los jóvenes artistas y aprecia la calidad de su trabajo.

—¿Te gusta?—pregunta a Ivette.

—Interesante—contesta ésta, reparando en la atrayente personalidad de Tony.

—Es lo que se necesita. Son jóvenes, atractivos — señala Morel, contento de que Ivette se convenga de sus innovaciones.

—El, si lo es—se limita a insinuar la estrella, fijándose únicamente en el americano y dando a entender que lo único que le interesa es el bailarín y no el baile.

Mientras tanto, éstos continúan su actuación. Tony, en uno de los pasos de la danza, lanza lejos de sí a Gaby, que cae al suelo. Ésta se incorpora lentamente, al tiempo que Tony se aleja de espaldas a ella, cuando Gaby, sacando un puñal que lleva en la cintura, lo lanza certeramente contra su pareja, clavándose lo en la espalda. Tony cae al suelo.

La rapidez de la escena ha deja-

do suspensos a todos aquellos que la han presenciado y verdaderamente asombrados. Ivette y Morel se levantan bruscamente de sus asientos, temiendo la muerte del bailarín. La hoja del puñal ha penetrado en la espalda del muchacho que yace en el suelo.

Mas el asombro de todos es mayúsculo cuando éste se incorpora nuevamente y acude a los brazos de su esposa, que le extrae el puñal, a la vez que miran a Morel, interrogándole silenciosamente por su actuación.

—El joven todavía vive—murmura éste, dejándose caer en el asiento.

—Confieso que casi me han engañado a mi — manifiesta Papá asombrado de lo que ha visto.

Las chicas del coro han acudido presurosamente al lado de Tony, al que examinan curiosamente y quedan extrañadas al ver que no hay sangre por ninguna parte.

—¿Se lo enseñamos, Tony?—inquiere su esposa ante la extrañeza de las muchachas.

—Miren ustedes. Esto guía el cuchillo—señala Tony, levantándose la chaquetilla y dejando al descubierto una ligera plancha protectora y una pequeña almohadilla de corcho—y esta chapita priva de que sea herido.

Tony, atento a la explicación que

está dando a las muchachas, no repara en que unos ojos de mujer están siguiendo todos sus movimientos desde el patio de butacas.

—¿Qué te parece? ¿Les contrata-

mos?—pregunta Morel a Ivette desviando la atención de ésta.

—Creo que sí—contesta vagamente Ivette, fijándose nuevamente en el muchacho.

GABY Y TONY PIERDEN EL CONTRATO

AJENOS a todo cuanto está ocurriendo en el patio de butacas, la feliz pareja, contentos por la buena impresión causada a los espectadores de su número, se hallan rodeados de tramoyistas y muchachas del coro que comentan favorablemente la actuación de los mismos.

Después de ser felicitados por todos, hay alguien entre los muchos admiradores que recuerda no estaría mal llegarse al bar del conserje del teatro, con el fin de tomar algo que reponga los esfuerzos del ensayo.

Sentadas en los taburetes del bar se encuentran tres coristas que hacen diversos comentarios sobre la nueva revista.

—Morel debía darnos el almuerzo

aquí—sugiere al fin una de ellas, preocupándose más de las necesidades de su estómago que no del espectáculo.

—Estoy desmayada—manifiesta otra.

—Claro que debería hacerlo—comenta irónicamente Ninette, que es la que recibió el aviso del director de baile—Y darnos un coche y un chofer.

Papá, siempre atento a los nuevos artistas, aparece con un bocadillo que entrega a Ninette.

—Gracias, Papá—agradece ésta.—¿Cuánto vale?

—Dieciocho francos. Exorbitante. Porque yo recuerdo...—Intenta seguir Papá dando paso a los precios que regían en sus buenos tiempos.

—Coñac para Papá.

—Gracias.

—Hola. ¿Ha ido todo bien?—interroga Ninette a Gaby y Tony que llegan en aquel momento.

—Todo arreglado. Oh, Gaby, la señorita...—intenta presentar Tony no recordando el nombre de Ninette.

—Ninette Duval.

—Tomen ustedes algo.

—Bien. Denos dos limonadas—pide Tony al conserje y camarero del bar.

—¿Limonadas? —Inquierto el hombre extrañado, ante la costumbre de que todos los artistas tomen alcohol.

—Tony, dejemos el régimen aunque sólo sea una vez — demanda Gaby a su esposo.

—Bien. Entonces, dos combinados de champán.

—Y yo, otra ginebra — solicita Ninette ante la extrañeza de Tony.

Pero Tony no puede saborear la bebida, porque Papá le comunica que la señorita Ivette Delange le envía su sincera felicitación y la está esperando en su camerino.

—Bien. Vámonos, querida—suspira Tony, intentando ir con su mujer.

—Es que ella omitió mencionar que deseara ver también a la señorita.

—No estaré más de una hora. Vigila que nadie se lleve mi bebida—

indica Tony a su mujer, preguntándole a Papá:—¿Cuál es su habitación?

—Será un privilegio para mí el escoltarle.

Siguiendo a Papá, Tony se traslada al camerino de la estrella. Al llegar a la puerta del mismo, Papá se retira y Tony, previo permiso, penetra en la habitación.

—¿Deseaba usted verme?

—Sí. He estado pensando sobre su actuación.

—Gracias.

—Su número es extraordinariamente bueno—halaga Ivette mirando con coquetería.

—Celebro haberle gustado a usted.

—Así es. Pero necesita presentación. Un grupo de cingaros en el escenario le daría ambiente y más realce a su entrada, ¿no cree usted?

—Inquieta Ivette atenta a los gestos de Tony.

—Sí.

—¿Está de acuerdo conmigo?

—Desde luego, pero es que hasta ahora... no hemos podido presentarlo así.

—No importa. Quizá yo les pueda ayudar. Hablaré con nuestro dibujante.

—Es usted muy amable—agradece Tony, considerando el buen giro que están tomando sus asuntos.

—Espero que la chica que va con usted...

—Mi esposa—corta Tony.

—Oh, su esposa. Espero por usted que nunca le falle el pulso.

—Oh, no lo creo probable. El lanzamiento del cuchillo lo practica desde pequeña. No tema nada. Estoy muy seguro.

—Ya comprendo. Bien, ahora debo marcharme. Tengo una cita para el almuerzo.

—Adiós, y muy agradecido—manifiesta Tony, inclinándose ante Ivette, sin reparar en la expresión de las miradas de ésta.

Gaby, mientras tanto, intenta explicarse a qué será debida la llamada hecha a su esposo por la estrella de la revista, y no está muy tranquila de sus intenciones por el hecho de que ha manifestado que únicamente era a él a quien quería ver. Es por eso que se atreve a expresar sus pensamientos a Ninette.

—No comprendo por qué querrá hablar con Tony.

—Nuestra estrella dedica un gran interés personal a los nuevos miembros de esta compañía—le contesta irónicamente Ninette.

—¿Ah, sí?

—Especialmente si son jóvenes, guapos y varones—termina por explicar Ninette a Gaby que ve confirmadas sus sospechas.

Pero todo su malhumor queda disipado ante la presencia de su esposo y la explicación de que para su número han acordado un decorado apropiado que les permita conseguir más éxito. Aceptados por Morel, ahora deben ensayar diariamente con el fin de ser aplaudidos el día del estrón. Su pobre camerino del teatro Alhambra lleno de baúles y de oscuras paredes es testigo de la alegría que ante su presentación en París, invade a los jóvenes esposos que ya comienzan a trazar nuevos planes de existencia.

La noticia de esta pareja de bailarines que Morel asegura se harán célebres, cunde rápidamente por los periódicos de la capital y los periodistas se apresuran a obtener noticias de ellos.

—¿Un cigarrillo?—ofrece el periodista de uno de los más prestigiosos diarios de París, a Tony cuando se encuentra en su camerino haciendo un reportaje de sus vidas.

—Gracias. Hemos tenido suerte en encontrarte para nuestra primera entrevista en París.

—Las entrevistas no son realmente mi trabajo — aclara Guy—, pero cuando vi vuestro nombre en los carteles vine inmediatamente. Bueno, ¿qué debo decir de vosotros?

—Tú sabes todo lo referente a

mi—interviene Gaby, antigua conocida del periodista.

—Sí, es cierto. Antes de que tuvieras la desgracia de ser la señora de Seymour eras Gabriela Ramarios, tu familia no quería que fueras a la escena, sin embargo, fuiste, encontraste marido...

—Exactamente —concede Gaby al periodista, mirando tiernamente a su marido.

—Hablemos de la edad.

—Pues yo...—comienza a confesar Gaby.

—Ella dice que tiene veinticinco, pero...—explica Tony, chanceándose de la edad de su mujer.

—¿Veintidós?—pregunta Guy.

—Estoy segura de que eres el mejor periodista de París—contesta Gaby, evadiéndose de contestar directamente a la pregunta.

—Naturalmente. ¿Y respecto a ambiciones? Al público le gusta saber eso. Yo supongo que querrás tener una casita en el campo..., todas las mujeres la desean.

—Lo más gracioso es que realmente lo quiere—manifiesta Tony al periodista.

—¡Claro que lo quiero!

—Entonces la tendrás y con rosas que adornen la entrada—concede galantemente Guy, cautivado por la simpatía de la muchacha.

—¿Qué te parece si tomáramos

algo?—interroga Tony deseando obsequiar al periodista.

—Espera, hombre, espera. Antes debo pensar algo sobre tu vida. Por ejemplo, Tú eres el vástago de una noble familia arruinada — sugiere Guy, acostumbrado como buen periodista a inventar una historia para cada uno de los personajes que entrevista.

La ocurrencia de Guy sobre una fábula tan usada hace sonreír a los tres. Continuando el tono alegre de la conversación, Tony añade:

—Y entonces llegamos a París y gastamos nuestro dinero para preparar nuestra sensacional danza.

—Y Tony me ha enseñado todo lo que sé—aclara Gaby.

—Todo, no, querida. Únicamente la mejor clase de chistes de bar; eso es todo. Y añade también—indica al periodista, haciéndole un expresivo guiño—sin temor a equivocarte que poseo el mejor carácter del mundo, mientras que mi esposa tiene un genio...

—¡No, no estoy conforme! Soy la mujer más pacífica que has conocido—reclama Gaby ante las maliciosas insinuaciones de su marido.

—Sí, querida. Ya lo sé—apacigua éste—. Acabas de ver lo pacífica que es—le dice a Guy, señalándole la pronta reclamación de Gaby—. Bueno, escribe lo que quieras, mien-

tras yo voy a buscarte algo para beber.

—Coñac y sifón, por favor.

Con el fin de atender a la demanda de Guy, Tony se dirige por entre el laberinto de pasillos del teatro a la busca de unas copas con que obsequiar al periodista. Feliz por el éxito de su actuación y el cariño de su esposa, a la que quiere profundamente, ahora sólo le preocupa su próximo ensayo. Hasta ahora sus bailes eran interpretados delante de públicos que no apreciaban su valor y en escenarios faltos de decorados apropiados que diesen más realce al ambiente. Pero la suerte ha querido que gracias a la complacencia de Ivette Delange, se les haya diseñado un decorado especial para su danza. Darse a conocer al espectador de París, en el teatro Alhambra, el mejor de la capital y con los elementos necesarios para obtener renombre, son los sueños que han visto realizados los ambiciosos bailarines. Dentro de poco, una llamada en su camerino le anunciará que deben actuar por última vez delante del empresario y en el escenario escogido para su número. Ensimismado en sus pensamientos no repara en Ivette y tropieza con ella.

—Perdone—se excusa Tony sin adivinar a la estrella bajo el complicado traje y el más fantástico cas-

quete que lleva para actuar en el escenario.

—Perdón. ¡Oh, es usted!—se sorprende también ella al ver que ha tropezado oportunamente.

—Yo tampoco la había reconocido—se excusa Tony.

—No veía nada. Esto queda tan obscuro después de las luces del escenario. ¿Le gusta mi vestido?—inquiere con zalamería.

—Está preciosa.

—Le ofrezco una copita de licor.

—Es que justamente iba a buscar una bebida para un amigo—intenta rehusar Tony, no muy seguro de las intenciones de Ivette.

—Creo que yo soy más importante. Pase—indica a Tony abriendo la puerta del camerino, insinuándole a que no repita el ruego.

Para no desairar a quien tan desinteresadamente les ha protegido, Tony accede a los deseos de Ivette, indicando que únicamente puede quedarse un minuto, puesto que su esposa y Guy estarán aguardando su regreso.

Y en realidad, Gaby y el periodista comienzan a extrañar la prolongada ausencia de Tony, hasta que al fin, figurándose se habrá entretenido en el bar, deciden ir a buscarle allí. Pero al salir del camerino los murmullos de las coristas cesan inmediatamente. Gaby no da importancia a

este detalle y prosigue su camino hacia el bar.

Una de las muchachas del conjunto comenta:

—¿Por qué no podrá la Delange dejar a Tony Seymour en paz?

La extrañeza de Gaby al llegar al bar y no ver a Tony va en aumento; pregunta al conserje y ante la negativa recibida supone se hallará hablando con los tramoyistas y electricistas, pero los comentarios insidiosos que escucha a su paso por entre los diversos artistas que integran el espectáculo le hacen sospechar que su marido está con la primera actriz del teatro. Para afianzar esta sospecha, la presencia de la doncella de Ivette en el bar, pidiendo una limonada, termina por asegurarle que es para su marido para quien va a buscar la bebida, ya que únicamente ellos hacen uso de la mencionada bebida entre todos los que integran la revista.

Guy, que la acompaña, intenta disuadirla de su idea, mas al preguntarle a la doncella de la Delange si es para Tony la bebida que está pidiendo, ésta le contesta:

—¿Puede usted imaginarse a la Delange bebiendo una limonada?

—Ven, Vamos a beber algo—interviene Guy al ver el aspecto que están tomando las cosas.

—No. Voy a decirle lo que pienso

de ella—replica Gaby, desesperada de las malas artes de Ivette para atraerse a Tony.

Pero afortunadamente, Ninette logra apaciguar un tanto los ánimos de la celosa Gaby y evita una escena desagradable.

—Ven conmigo al camerino—interviene Ninette, intentando apartarla de la vecina habitación de la Delange.

—Ha ido detrás de él desde el momento que le vió en escena.

A pesar de las protestas de Gaby y de su decisión de irrumpir en el camerino de Ivette y poner las cosas en claro, Ninette consigue llevarla a su habitación; pero Gaby, que ama verdaderamente a Tony, no puede sufrir que haya otra mujer que intente arrebatarárselo, y lo que realmente le desespera es la aparente complacencia de éste en la aventura.

Ignora lo que está sucediendo entre Ivette y Tony, por cuanto éste, que no tiene ningún deseo de permanecer al lado de la vedete, intenta marcharse a buscar a su esposa.

—Nunca le veo a usted si no es por casualidad—insinúa mimosa la Delange.

—Es que hemos estado muy ocupados.

—Si yo fuera menos vanidosa, pensaría que huye usted de mí.

—Usted ya sabe que yo no haría eso—se disculpa Tony, mintiendo para no ofenderla.

—¿Es tu mujer lo que te detiene? Vamos, no seas chiquillo—propone cada vez más interesada Ivette—. Al terminar la función le das cualquier excusa y vete directamente a mi piso. Podemos cenar allí.

—Siento mucho no poder hacerla—se excusa Tony—. Agradezco su atención, pero dadas las circunstancias...

—¿Circunstancias porque es tu mujer? Es ridículo.

—Está bien—concede Tony, decidido a no continuar en tan embarazosa situación y creyendo oportuno terminarla de una vez—. Si es ridículo para un hombre estar enamorado de su mujer, confieso que soy ridículo. Dispénsame.

—Imbécil—clama Ivette al ver que Tony se ha marchado.

Pero mientras Tony desecha a Ivette, exponiéndose a ser mal visto por la estrella y requerir no se les concede el ansiado contrato, Gaby se entrega al desespero. Ninette, que se encuentra con ella en su camerino, en vano intenta disuadirla de los pensamientos que la dominan.

—Pero si tú misma dices que nunca te ha dado el menor disgusto. ¿Ahora vas a tener celos?

—Es un hombre—razona Gaby,

temiendo que Tony esté impresionado por la fama de la Delange.

—Oh, Gaby.

—Sí, y por eso esas chicas se caían cuando me vieron. Todas están hablando de ella y de Tony.

—Pues no han tenido ninguna razón, te lo aseguro. Quizá es cierto que Tony le gusta... le gustan todos los chicos jóvenes, pero él no la puede sufrir—le explica Ninette, dándole a entender que no hay que preocuparse tanto por lo que sucede.

—Entonces, ¿a qué tiene que ir a su camerino? — pregunta celosa Gaby, razonando como todas las mujeres en casos semejantes.

—Tiene que ser diplomático.

—Puede evitar encontrarse con ella.

—Ya lo hace. Le he visto esconderse cuando vió venir a la Delange.

Pero son en vano todas las explicaciones que Ninette da para convencer a Gaby. El nerviosismo de ésta va cada vez en aumento, cuanto más tarda en venir su marido.

Para efectuar sus ejercicios con el puñal y practicarlos en el blanco, Gaby tiene en su camerino una figura de hombre pintada en una madera con una señal negra en la parte del corazón que le sirve de guía. Cada día practica el lanzamiento del puñal en aquella figura con indu-

dable acierto. Pero hablando con Ninette y exasperada por los celos, coge el puñal y lo lanza contra la silueta, quedando clavado a un palmo de la diana.

—¿Has visto, Ninette? Supón que esto hubiera ocurrido en el escenario—no puede por menos de decir, considerando la desgracia que causaría si le fallase la puntería.

—Te lo voy a hacer más fácil para ti—interviene Ninette—. Suponte que esto es la Delange—dice, al tiempo que dibuja con una tiza una horrible caricatura—. En tus manos la entrego.

—Esta muy favorecida—manifiesta Gaby a pesar de su mal humor.

—Bueno. Ahora voy a ponerme guapa—se despide Ninette, viéndola más tranquila.

Al poco rato de marchar Ninette, Tony, huyendo del camerino de la Delange se reúne con su mujer. Intenta serenarse y fingir que no ha sucedido nada, pero los nervios le delatan.

—Hola, querida. ¿Dónde está Guy? Se cansó de esperar, ¿no? Lo siento. He estado en el escenario y vi al electricista para hablar de algunos detalles. Las luces estaban muy mal. ¿Qué has hecho con mi pintura? ¿La tienes tú? Pagaría algo esta noche por no tener que trabajar, porque me siento nervioso

como un gato—dice Tony, observando que su esposa, por lo regular alegre, se abstiene de hablar.

—Cállate—clama al fin ésta en un arranque de ira.

—¿Qué te pasa, querida?

—¿Por qué has mentido diciéndome que estabas en el escenario?

—Es verdad. He estado en el escenario—miente nuevamente Tony.

—Sí, pero al salir del camerino de esa mujer.

—Tendría gracia que pensaras... que entre esa mujer y yo pueda haber algo. Estás loca—manifiesta Tony, queriendo quitarle importancia al asunto.

—Tal vez, no. He sorprendido a todo el mundo riendo y hablando de ello.

—¿Hablando de qué?—pregunta Tony como si estuviese ignorante de todo.

—Toda la compañía se ha visto obligada a esperar porque tú estabas en su camerino—insiste Gaby, acusando a Tony.

—He mentido. Tienes razón. Pero no he querido que te inquietaras esta noche.

—No querías, pero entonces, ¿por qué fuistes a su camerino?

—Porque quería hablarme de negocios.

Pero esta explicación no satisface

a Gaby, que ansiosa de saber la verdad, pregunta otra vez:

—¿De qué negocios? ¿Vas a darme o te lo digo yo?

—Escucha. Te quiero y tú lo sabes—explica Tony, abrazando a su mujer para calmarla del estado nervioso en que se encuentra—. No hay razón para pelearnos por lo que no he podido evitar.

Ante las caricias y buenas palabras de su marido, Gaby va serenándose, porque puede más en ella el deseo de saberse querida por Tony que la sospecha de una mala acción. Entre suspiros y caricias reprocha a su marido, suavemente, lo acaecido.

—Podías haberme dicho que te había llamado, y que estabas obligado a ser diplomático. Yo te hubiera comprendido, pero así...

—Tenía que ir o parecer un... Ya sabes lo que quiero decir. Además que ahora ella ya sabe que sólo te quiero a ti.

—Tony, ¿no me mientes ahora?

—Inquire esperanzada Gaby, feliz por lo que acaba de oír.

—No, no te miento. No creo que le ocurra llamarme más ahora. Se ha dado cuenta de que ha perdido el tiempo.

—¿Es de veras, querido? Claro que no estaba celosa—justifica Gaby pasando de la desesperación a la alegría.

—No, tú no estabas celosa—manifiesta Tony, riéndose de los infundados temores de su mujercita—. Sería una injusticia pensarlo.

—Después de todo, esa mujer podría ser tu madre.

—¡Claro!

—Dicen que ya le han arreglado la cara dos veces.

—Sí. Tiene un pie de madera y dos ojos de cristal—asiente Tony, siguiendo el tono de chanta de su mujer.

—No; uno nada más. El otro lo tiene fijo en ti.

Tras unos discretos golpecitos dados en la puerta, la voz de Papá anuncia a la feliz pareja que son esperados en el escenario para efectuar el último ensayo. Ambos se preparan rápidamente y se dirigen hacia él. La cortés negativa de Tony a las insinuaciones de Ivette, ha sumido a ésta en una verdadera ansiedad de desquite. Para conseguir su propósito se dirige al lado de Morel en el preciso instante que los bailarines comienzan su actuación en el tablado.

—Quiero hablar contigo un minuto—manifiesta a Morel, procurando ser oída por los que están actuando—. ¿Qué pasa con este ensayo? Parece un entierro. Es aburrido y flojo. Nadie tiene vida.

Gaby y Tony que oyen los des-

agradables comentarios de Ivette, a duras penas pueden contenerse, pero Gaby, menos pacífica que su marido, se detiene varias veces, perdiendo el compás de la danza.

A cada nueva crítica de Ivette, Gaby intenta desasirse de su marido y dar cara a las insultantes palabras de la estrella, pero Tony la reprime carifiosamente y evita que cometa algún disparate.

Pero Ivette está decidida a formar un altercado y a tal fin continúa censurando todo lo que ve.

—No me gustan aquellos tambores. Irritan al público.

—Muy bien, querida; los suprimiremos—concede Morel.

—Creo que estos bailarines son horribles. París se reirá de ellos.

—Pero si estabas entusiasmada la primera vez que los viste—manifiesta el empresario, cada vez más sorprendido.

—Hablamos visto números tan malos, que éste me pareció bueno.

—¡No hay quien ensaye con tantas interrupciones!—protesta Gaby desde el escenario.

—Debería acostumbrarse a las interrupciones. Mañana se marchará el público mientras usted esté bailando.

—Señor Morel—interviene Tony conciliador—, ¿quiere usted suspen-

der el ensayo? Ya sabe que estamos suficientemente preparados.

—Está bien. Pueden marcharse—concede el empresario.

—Y no vuelvan—añade Ivette.

—¿Qué ha dicho usted?—interroga Gaby excitadísima.

—He dicho que no vuelvan—repite Ivette con la alegría de haber obtenido la venganza deseada sobre Tony por haberla despreciado, y sobre su mujer, por ser la culpable de lo ocurrido.

—Usted ha olvidado que tenemos un contrato.

—Es igual. Les daré el sueldo de dos semanas—manifiesta Ivette, decidida a que no actúen.

—Tienen que actuar mañana.

—Si están ellos aquí, yo no debuto.

—Cálmate, por Dios—demanda Morel, ante el conflicto creado por las dos mujeres.

—Tendrá que oír la verdad una vez en su vida—vocifera Gaby incapaz de permanecer callada un segundo más—. El público está cansado de sus tonterías. Está harto.

—Echalos. ¿Me oyes? Echalos.

—Pero no podemos despedirlos.

—Busca a otra chica.

—¿A estas horas?

—A las horas que sean necesarias. Ya sabes, Morel. Yo no debuto

mañana si éstos quedan incluidos en el espectáculo.

Satisfecha de haber conseguido lo que perseguía, o sea la anulación del contrato de la pareja de bailarines, y especialmente por haber demostrado a Tony que para actuar tenía que contar con ella, Ivetta se retira

a su camerino, esperando que su decisión influya en el ánimo del muchacho, contribuyendo a alejar su obstinada actitud y con la esperanza de que no pasarán muchas horas sin que acuda a ella en demanda de perdón.

UN ASESINATO MISTERIOSO

PLANTEADO el doble problema de despedir a la pareja, con la consiguiente anulación de contrato y los perjuicios que la mencionada anulación puede reportar, o bien prescindir de la estrella conocida en toda Francia, Morel intenta hallar una solución satisfactoria al desagradable incidente.

Conocedor del temperamento violento de Ivette Delange, sabe que el brusco cambio de opinión expuesto al presenciar la última noche de ensayo de los bailarines, es debido, no a la falta de interés del número, sino a algún disgusto sobrevenido en las entrevistas que ha celebrado con Tony. Lo lamentable, no son los daños que puede ocasionarle un incumplimiento de contrato, sino la

pérdida de un cuadro tan sensacional como el interpretado por Gaby y Tony.

Todos los artistas que intervienen en la revista se reúnen en el escenario ante el formidable escándalo dado por Ivette y Gaby. Morel, anadado por lo ocurrido, cree conveniente suspender los ensayos y llevarlos a efecto al día siguiente, a las once de la mañana, intentando con esta medida ganar tiempo para ver si encuentra el medio de reconciliar a Tony con Ivette.

Al marcharse el personal del teatro, Morel queda solo con la pareja de bailarines. Tony, más sereno que su esposa, se dirige a Morel para borrar la mala impresión que hayan podido causar.

—Espero que no nos culpe de todo lo ocurrido.

—De ningún modo. No faltaba más. Siéntese—indica Morel a Tony, reconociendo que realmente el altercado ha tenido lugar por las acerbas críticas de Ivette. Ivette está excitada. ¡Jamás he visto a una mujer tan excitada!—comenta mientras trata de hallar cómo convencer a Tony.

—¿Ah, sí? ¡Qué coincidencia! Mi mujer lo está también — replica Tony, dando a entender que los nervios de su esposa se encuentran en idéntica situación que los de la Delange.

—Este episodio ha sido muy desagradado—lamenta el empresario—porque Ivette no quiere actuar mañana si ustedes están en el programa.

—Entonces...

—Pero no quiero que se marchen. Me gustan—confiesa Morel, dispuesto a arreglar el asunto de la mejor manera posible.

—¿Pero por qué no lo discute usted con ella?

—¿Discutirlo con ella? Amigo mío, debe tener poca experiencia para intentar que razone una mujer enfadada. Sería como discutir con la Torre Eiffel. Pero... ¿por qué no va usted a verla y la convence de que lamenta lo que ha pasado?—sugiere

Morel, señalando a Tony que la única probabilidad que le queda de poder actuar en el teatro Alhambra es acudiendo nuevamente al camerino de la actriz, en demanda de clemencia.

—No, gracias. Ella inició la discusión. ¿Por qué?, no lo sé.

—¿No lo sabe? Pues si usted no lo sabe yo me lo supongo. Ahora déjeme sugerirle que tenga una entrevista con usted—insiste nuevamente Morel, más convencido ahora ante la negativa de Tony, que únicamente éste puede solucionar lo ocurrido.

—No quiero saber nada de ella—clama Tony, temiendo una nueva entrevista con semejante mujer.

—Perdóneme, pero insisto en que hable usted con ella, porque estoy seguro de que lo solucionará, y obtendrá un gran éxito en su debut—vuelve a repetir Morel, recordándole que su triunfo en los escenarios de París depende de la noche del estreno de la revista.

Tony examina el pro y el contra de la cuestión, y ante el problema que representa hallar un nuevo contrato en una revista de primera categoría, accede finalmente a ver a la Delange.

—Está bien; hablaré con ella.

—¡Espiéndido! — exclama Morel— Espere un poco a que se tran-

quiere. No es prudente que la vea ahora. ¿Por qué no va usted a su piso?

—No; tiene que ser aquí.

—Le pido que lo haga usted sólo por mí.

Pero Tony no está de acuerdo con efectuar una visita al piso de Ivette. Si accede a rebajarse y pedir perdón por lo ocurrido, bien puede hacerlo ahora mismo y en su camerino, sin necesidad de tener que acudir a casa de la estrella, ocasionando con ello otra escena de celos a su esposa. Morel, que cree ser ésta la única solución, le refiere a Tony los sacrificios que le supone el montaje de la revista.

—Si le digo que he puesto quinientos mil francos en este espectáculo... Sólo las decoraciones me han costado...

—No puedo complacerle, señor Morel.

—¿No piensa en las pobres chicas del coro?—pregunta el empresario con intención de despertar los buenos sentimientos de Tony.

—Ya sé, tienen hijos y padres que mantener.

—Y si este espectáculo fracasa se morirán de hambre. Déjeme ir a decirle que usted irá a su casa. Sólo tendrá que esperar unos minutos—finaliza Morel, marchando con dirección al camerino de la Delange.

sin aguardar a que Tony le dé ninguna respuesta.

Gaby, que se encuentra con Ninette en el bar de Dubec, el conserje del teatro, comienza a impacientarse por la ausencia de su marido. Ninette quiere quitar importancia al asunto, pero la creciente excitación de Gaby obliga a que aquella vigile sus movimientos.

—No puedo comprender qué estará haciendo mi marido. ¿Está todavía con el señor Morel?—pregunta a Dubec.

—¿Cómo puedo saberlo?—responde éste, que no se ha movido durante todo el tiempo del bar.

—Pues su obligación es saber dónde está la gente.

—Cálmate—recomienda Ninette ante la injustificada queja de su amiga—. Acaba tu bebida y vámonos ya.

—¿Tú crees que Morel no nos echará?—interroga Gaby, temiendo quedarse otra vez a la busca de contrato.

—Procurará no hacerlo—la tranquiliza Ninette—. Vuestra danza es lo mejor del espectáculo.

—La culpa la tiene aquella mujer—acusa cada vez más excitada Gaby, al sólo recuerdo de las insinuaciones de Ivette—. La odio. Te juro que quisiera matarla.

Al escuchar esta amenaza, Dubec,

que se encontraba de espaldas al mostrador arreglando las botellas del bar, gira rápidamente y contempla el rostro desencajado de Gaby. Ninette se da cuenta de que está dando ocasión a que formen un mal juicio de su amiga, y le recomienda nuevamente a ésta:

—No empieces otra vez. Seremos las últimas en salir del teatro. Vamos a vestirnos—advierte, cogiendo del brazo a la esposa de Tony y llevándosela hacia su habitación.

Pero si Gaby está excitada, análogo es el estado de ánimo de Ivette, ya que a su llegada al camerino, después de encontrar todas las cosas mal hechas, la emprende a insultos con su doncella, revolviendo todos los objetos. La presencia de Morel parece calmarla un poco.

—El pobre chico está apurado—manifiesta Morel—. Quiero pedirte perdón por lo que te hizo su esposa.

—No quiero oír una palabra más.

—Sí; yo le he sugerido que vaya a tu piso.

—¿A mi piso?—pregunta alegremente la Delange, contenta por haber obtenido lo que deseaba.

—Sí. Le he dicho que vaya allí y le espere.

—Muy bien; lo veré.

Dejándose llevar por su innata coquetería, y ya disipado por completo el mal humor ante la perspectiva de

una visita de Tony, Ivette Delange comienza a arreglarse ante el espejo de su tocador, poniendo sumo cuidado en todos los detalles. No lejos de allí, y en otro camerino de más pobre aspecto, se halla también ante el espejo otra mujer, pero su rostro demuestra bien a las claras el disgusto que ha tenido. La entrada de su marido, ya en traje de calle, hace sospechar a Gaby que Tony ha accedido a las pretensiones de la actriz.

—¿Qué te dijo Morel? Seguramente habremos perdido nuestro contrato.

—No, creo que todo se arreglará.

—¿Adónde vas?—pregunta Gaby al observar que Tony coge el sombrero dispuesto a marcharse.

—Pues... Morel cree que todo se arreglará si...

—Si tú fueras al piso de esa mujer...—interrumpe Gaby, sin dejar terminar la frase a su marido.

—Sí, así es. Y supongo que tratarás de comprenderlo, ¿verdad?

—Sí. Comprendo perfectamente aquella disputa en el teatro era un convenio.

—Vamos, no seas ridícula—reclama Tony ante la infantil sospecha de su mujer.

—Era un truco para quitarme a mí de enmedio.

—No, querida, no es cierta tu sospecha.

—No me dejes sola. No vayas a ver a esa mujer—suplica Gaby cogiéndose a Tony, intentando retenerlo.

—Debo ir.

—Tony, escúchame. Yo te quiero mucho, pero nunca te lo volveré a decir si vas a ver a esa mujer esta noche.

—Pero, querida, ¿es que no te das cuenta? Si nos echan de este espectáculo no comeremos—razona Tony—. Dirán que no valemos nada. Nunca tendremos otra oportunidad.

—Yo no quiero ninguna oportunidad si hemos de adquirirla de este modo—insiste otra vez Gaby, que no quiere de ninguna manera que su marido se entreviste con Ivette.

—No quieres ser razonable. Morel está a nuestro lado, dice que somos estupendos. Deberías oír lo que opina de ti. Justamente esta noche estaba diciendo...—explica Tony a su mujer para convencerla de que si accede a visitar a la Delange es para cubrir su porvenir artístico y no por gusto.

—Haz lo que quieras. Vete con ella, pero es mejor que le digas que no se cruce en mi camino—vocifera Gaby que no atiende a las razones de su marido.

—No grites así, todo el mundo nos oirá—previene Tony ante los gritos de su esposa y temiendo pue-

dan interpretarse erróneamente sus palabras.

Pero Gaby, pegada por los celos, no se da cuenta de lo que dice. Lo único que tiene importancia para ella es que su marido acuda a la cita de la Delange.

—Que lo oigan, ¿y qué? que lo oigan todos... No quiero un hombre que consienta que me humille así una mujer como ésta.

Pero la paciencia e intentos de persuasión de Tony tienen un límite. En vista de que su mujer no quiere atender a los razonamientos que le hace, y en lugar de calmarse y comprender la realidad de la situación, cada vez se excita más hasta el extremo de levantar demasiado la voz, y decide terminar de una vez con tan lamentable escena.

—Ya he aguantado bastante. No voy a tirar a la calle todo lo que hemos conseguido trabajando esclavizados durante tantos años porque tú estés celosa sin motivo alguno. Me marchó.

La súbita marcha de Tony y el disgusto observado en sus palabras hacen reaccionar a Gaby, que comprende que ha ido demasiado lejos en sus apreciaciones, pero al intentar obtener el perdón de su marido éste ya ha salido en dirección a la calle.

Al encaminarse a la puerta de sa-

lida de los actores, Tony tropieza con un sujeto que le pregunta por el camerino de la Delange. Abstraído en sus pensamientos, contesta confundidamente, sin parar atención en quien le hace la pregunta. Pero al insistir éste nuevamente, Tony contesta:

—¿El camerino de la Delange?... Perdona. Al otro lado del escenario. Hay una estrella en la puerta.

—Gracias—murmura el sujeto, al tiempo que se encamina en la dirección indicada por Tony.

Ivette Delange, que se encontraba dando los últimos toques a su tocado para asistir a la cita con Tony, se ve desagradablemente sorprendida por la visita de un hombre que, sin pedir permiso, se introduce en su camerino.

—¿Tú? — pregunta sorprendida Ivette, creyendo ver visiones.

—¿Quién pensabas que era?—es la clínica respuesta que recibe.

—¡Chist! Calla...—indica Ivette, señalando que no están solos en la habitación— Ya puedes retirarte, Berta—ordena a su doncella—. No te necesitaré más.

—Todavía no he terminado, señora.

—No importa. Vete en seguida.

Cuando el ruido producido por la puerta señala la salida de la doncella, ya solos en la habitación, Ivette

te pregunta al hombre que tiene enfrente de ella:

—¿Conque ya has salido?

—Todo llega... Cinco años... ¡Y qué estupenda recepción!—comenta, ante la frialdad que demuestra Ivette al verlo al cabo de cinco años, de condena.

—¿A qué vienes aquí?

—Necesito dinero, preciosa—demanda el ex presidiario, sin detenerse en preámbulos.

—No puedo darte mucho.

—Necesito veinte mil francos.

—Eso es imposible — rechaza Ivette ante la crecida suma que le piden.

—Si tú no los tienes... puedes coger el teléfono y pedir a tu gerente que venga a traerlos.

Ante la expresión siniestra del desconocido, Ivette coge el teléfono y después de fingir una llamada manifiesta que el despacho de su empresario está cerrado a aquellas horas, ya que nadie contesta. Pero su explicación no es del agrado del sujeto que está con ella.

—No trates de engañarme. Habla con el conserje y dile que le busque.

Así lo hace la Delange. A los pocos minutos Morel anuncia su visita dando unos discretos golpes en la puerta del camerino de la actriz. Pero cuando intenta adentrarse en el

mismo, la mano de la artista le detiene por entre la entreabierta puerta.

—Encantadora e inesperada modestia—murmura Morel, asombrado del recibimiento—. Dubec, el conserje, me ha dicho que necesitabas veinte mil francos.

—Sí. ¿Los has traído?—interroga la voz de Ivette desde el interior de la habitación.

—Sí. Pero es mucho dinero.

—Dámelo—ordena la Delange.

—Quiero un recibo—pide Morel.

—Te lo dará mañana.

Ivette cierra la puerta violentamente, dejando a Morel en suspensión. Con los veinte mil francos en la mano, se dirige al tocador, al tiempo que el ex presidiario exige:

—Dame eso.

—Un momento...

—No puedo esperar—amenaza el hombre, adelantándose hacia la Delange.

Pero ésta, sin ser vista, ha logrado sacar un revólver de uno de los cajones del mueble y encañona al desconocido al tiempo que ordena:

—¡Fuera de aquí!

—Me hacen falta esos billetes reclama él.

—Esto es todo lo que te dará—concede la Delange, separando los mil francos y tirándoselos a los pies.

—No es suficiente.

—¡Fuera de aquí! ¡Márchate!

Convencido de que no obtendrá ni un céntimo más, se dirige hacia la puerta de salida del escenario, pero Ivette, que no quiere que le vean salir de su camerino, lo señala la puerta particular de salida, mientras no deja de apuntarle con el revólver. Al fin, cuando ya se ha asegurado de su partida, da un profundo suspiro por lo afortunada que ha sido en tan peregrina situación.

Papá, conversando, como siempre de sus brillantes actuaciones pasadas, hace compañía a los vigilantes nocturnos del teatro en espera de que Ivette Delange salga de su camerino. El retraso observado por la estrella no deja de extrañar a su compañero. No obstante, el contenido de una botella de coñac contríbuye a hacer más grata la espera.

—¿Qué estará haciendo ahí dentro? Yo estoy muy cansado—confiesa el compañero de papá.

—Tranquilizándose, sin duda, después de los pequeños disgustos que hemos tenido esta noche. Cuando a Sarah Bernhardt le dedicaron...

—Estoy seguro de que ella empezó el jallo—interrumpe el vigilante nocturno, sin hacer caso de los discursos de papá.

—Estaba a punto de contarte algo...

—¿Dónde está Dubec?

—Estará haciendo la ronda—contestaba papá de mal humor, viéndose constantemente interrumpido—. Yo era, como tú sabes, su primer actor.

—Sí.

—Estábamos actuando en Camille, si no recuerdo mal...

Esta vez, la explicación de las pasadas glorias de papá es cortada por unos insistentes gritos de socorro dados por Dubec, que aparece corriendo por entre los bastidores del escenario.

El vigilante y papá se incorporan ante las señales de alarma, y cuando Dubec llega a su lado, jadeante y con evidentes muestras de sorpresa y asustado por lo que ha visto, sólo consigue decir vagamente.

—¡La han asesinado!...

—Pero, ¿a quién?—interrogan a la vez papá y su compañero.

—A la Delange.

—¿A Ivette?

—Sí—logra al fin decir Dubec—. Está muerta... Abrí la puerta de su cuarto y la encontré tendida en el suelo.

Apresuradamente, se dirigen al camarino de la Delange. Al llegar a la puerta quedan fijos en el umbral, atónitos ante el cuadro que se presenta a sus ojos.

En medio del cuarto, yace la actriz del Teatro Alhambra, con un puñal de ancha hoja clavado en el corazón.

ACUSADA

LA precipitada marcha de Tony, debida a los insistentes celos de Gaby, sume a ésta en una profunda inquietud. Tarde ya, reconoce que su comportamiento con su esposo no ha sido razonable. Pero la punzada de los celos ha podido más que su sensatez. Cuando ya se ha producido el disgusto entre ambos, comprende que de no acudir Tony a la cita con Ivette Delange les será imposible obtener la presentación de sus danzas ante el público de París. Por otra parte, toda la vida de continuos sacrificios llevada hasta el momento, quedará deshecha completamente si no logran el contrato.

Pero si Gaby se recrimina a sí misma su falta de tacto, no es menor la pesadumbre de su marido por

el disgusto surgido entre los dos. Mas confía que una vez en posesión del documento que les asegure su actuación, logrará convencer a su esposa de la tontería cometida. Para conseguir este fin, se encamina a casa de la Delange. Una criada le abre la puerta del lujoso piso de la estrella, y Tony Seymour le expresa su deseo de ver a Ivette Delange.

Acompañado por la sirvienta, penetra en las habitaciones interiores.

—La señora ha telefonado diciéndome que usted iba a venir. ¿Quiere beber alguna cosa, señor?—ofrece, al mismo tiempo que se apodera del abrigo y el sombrero de Tony.

—No, gracias —agradece éste, desahando terminar cuanto antes semejante situación.

La impaciencia de Tony se tradu-

se en frecuentes paseos por la habitación.

Una colección de fotografías pertenecientes a personajes de la escena, todas ellas de varones, dan idea de la fuerte inclinación que observaba Ivette Delange en favor del sexo feo. Dedicatorias galantes estampadas en un ángulo de las mismas, certifican que a quien van dirigidas les une algo más que la amistad.

Ignorante del trágico accidente ocurrido a Ivette, Tony espera a la actriz durante muchas horas. Al fin, viendo que las primeras luces del día ya comienzan a abrirse paso por entre las cortinillas de la habitación, decide abandonar la casa, reprochándose en el fondo la terquedad con que ha aguardado la cita prometida.

—Mi sombrero y mi abrigo, haga el favor—demanda a la sirvienta.

—Pero si ya no puede tardar mucho... Está amaneciendo...

—Lo siento, pero no puedo esperar—manifiesta Tony, bendiciendo el instante que le permite alejarse de aquel lugar.

La imagen de Gaby, atormentándole durante las horas de espera en el gabinetito de Ivette, la recuerda ahora con más intensidad. Seguramente a estas horas estará llorando su pena en la triste habitación que ocupan en uno de los suburbios de

París. Para llegar cuanto antes a su lado, apresura el paso a través de las calles casi desiertas. Una vendedora de flores recibe los primeros francos del día de este muchacho americano que, pasado el primer momento de excitación, sólo piensa en contentar a su esposa.

Los primeros madrugadores de París contemplan asombrados las gigantescas zancadas de Tony en dirección a su hogar. Al llegar a la puerta de su casa, penetra resueltamente y sube con apresuramiento la escalera. Se detiene ante la puerta de su piso, evitando hacer ruido que delate su presencia, y entra sigilosamente en la habitación. Pero cuando Tony pretendía dar una sorpresa a su mujercita, resulta que el sorprendido es él. Examina las habitaciones de su departamento y en ninguna de ellas está Gaby.

La sospecha de que haya podido ocurrirle alguna desgracia cruza inmediatamente la imaginación del muchacho, pero decide esperar, ya que al desconocer París poca o ninguna cosa puede hacer para buscarla.

Solocada por los incidentes ocurridos durante las últimas horas, Gaby Seymour permanece en el teatro pocos minutos más que su marido. Pero la excitación de sus nervios reclama un sedante que haga des-

aparecer la tirantez de los mismos. Como su deseo es apartarse del bullicio y de la gente, escoge los paseos menos concurridos de París para deambular dando paso a sus meditaciones. El caudal del Sena lo entretiene durante unos minutos. Hay algo que lo fascina en el reflejo de sus aguas. La cara de Tony aparece en ellas. En cualquier parte imagina ver la sonrisa de su marido. Fatigada ya por la larga caminata y observando las primeras luces del alba, se retira a su casa. Desalentada y considerándose la mujer más desgraciada de la tierra, sus ojos dan palpables muestras del llanto vertido.

Lentamente, asciende las escaleras de la casa. Teme la soledad que le aguarda en su reducido departamento, más triste que de costumbre por la ausencia de aquel a quien ama. Suavemente empuja la puerta de su habitación y de pronto su triste semblante se ilumina con intensa vivacidad. Una sonrisa de triunfo cruza por su rostro.

—¡Al fin!... Temía que te hubiese ocurrido algo—suspira Tony, angustiado por la ausencia de su esposa.

—¡Qué pronto has regresado!—exclama gozosa ella, olvidando por completo sus penas y contenta de estar nuevamente al lado de tu amor.

—No la vi. Y como estaba cansado de esperar, me marché.

—Pero...

—Sí, ya sé. No debía haber ido. Gaby—se excusa el muchacho, lamentando que por causa de esta entrevista haya habido discusiones entre ambos.

—¿Por qué te fuiste?

—No sé por qué. Me imaginé que era un gran hombre de negocios. Estaba loco.

—Yo pensaba que ya no ibas a acordarte más de mí—suspiró Gaby, recobrando la confianza en su esposo—He sido muy injusta.

—La culpa fué mía. Y tú, ¿dónde has ido?

—No lo sé. Anduve sin fijarme por dónde.

—No importa. Ahora estás aquí, en tu sitio—manifiesta Tony, abrazando a su mujercita.

Tras las horas amargas que han transcurrido, el espíritu agitado de los dos encuentra una sana satisfacción en esta mutua reciprocidad de explicaciones y en el maravilloso placer de perdonar.

Otra vez vuelven los deliciosos momentos que reportan la confianza, el buen humor de la juventud y la alegría de saberse amada.

—Me encuentro cansadísima—se lamenta Gaby—Tengo hambre.

—Yo también. Más que tú,



—¿Ha ido todo bien?



Gaby Seymourt es una
deliciosa mujer...



—Dieciséis francos.
¡Exorbitante!



—¿Se lo enseñamos,
Tony?



Practicando con una figura pintada.

— una pareja de americanos recién casados.



—¿Ya con ustedes? ¿Por
qué?



Papá Morel felicita a la
simpática pareja.



— ¿Qué?



— ¡Anda! ¡Haz memoria!

— Coñac y sifón, por fa-
vor.



Gaby comparece ante el Tribunal.



—Necesito dinero, preciosa.



—Solicito permiso para
reconstruir el crimen.



—¿Cuándo podré salir
de aquí?



Roger hace una enérgica defensa.



Tony irrumpe en la sala.

Y sin esperar a que su mujer se dirija a la cocina a preparar algo para comer, Tony Seymour se coloca un delantal y comienza a actuar de cocinero.

—Te voy a preparar un almuerzo que lo recordarás hasta que tengas ciento cincuenta años— anuncia el muchacho, comenzando a hacer los preparativos.

—Yo puedo ayudarte—se presta inmediatamente Gaby.

Pero Tony le hace un gesto con la mano, indicándole se detenga, al tiempo que demanda:

—Sí. Puedes decirme que me quieres.

—Te quiero—pronuncia suavemente su mujercita.

—¿Cómo?

—Te quiero—repite Gaby, acercándose a su marido.

—Lo mereces—dice Tony, al besar a su esposa.

Unas cáscaras de huevo salen despedidas en dirección al rincón de los desperdicios. Un ruido intermitente producido por un tenedor al chocar contra un plato indica qué clase de manjar es el que está preparando Tony.

—Fíjate: huevos en revoltillo, revueltos por un experto «revolteador»—manifiesta Tony, enseñando a su esposa el plato que prepara—.

Tuviste el talento de casarte con el mejor cocinero de París.

—Tony...

—¿Qué quieres?—interroga éste, extrañado por el tono violento con que ha sido pronunciado su nombre.

—Tony. Yo no quiero volver al teatro. Yo no quiero verla nunca más—confiesa Gaby, abrazándose al cuello de su marido.

—No volveremos.

—Podemos encontrar otro empleo, ¿no te parece?

—Eso es cosa mía.

Pero los proyectos que formulan para el futuro quedan cortados por una llamada importuna a la puerta de la habitación. A tales horas de la madrugada no es corriente ninguna visita, y ambos se preguntan a la vez:

—¿Quién será?

Con ganas de bromear, Tony comenta en voz alta.

—Será papá Noel, con la crema.

Mas al abrir la puerta, los severos rostros de dos agentes de la autoridad intrigan a los esposos.

—Gabrielle Seymour, ¿está aquí?

Antes de contestar a la pregunta que le dirigen, Tony interroga a su vez:

—¿Quién es usted?

—Soy del Departamento de Policía. ¿Es usted Gabrielle Seymour?

—pregunta directamente a ésta, al aparecer en la puerta.

—Sí.

—Debo pedirle que venga con nosotros.

Las miradas de Gaby y Tony se cruzan en demanda de una explicación que ellos adivinan. Desconociendo todavía la muerte de Ivette Delange y el acusador detalle que significa el puñal de Gaby hundido en el cuerpo de la actriz, no se explican la presencia de la policía y menos la detención de la muchacha.

—¿Ir con ustedes?... ¿Por qué?
—inquiere Gaby, extrañada de la exigencia del agente.

—¿Pero de qué están hablando?
—también demanda Tony, preocupado por lo inaudito del caso.

—Ivette Delange ha sido asesinada esta madrugada—explica el agente de policía.

—¿Muerta?...

—¿Y qué tiene que ver mi mujer con este asesinato?

—Necesitamos que nos diga lo que sabe referente a ello. Tenga la bondad de ponerse el abrigo y el sombrero y venir con nosotros.

Convencidos de que pronto se pondrá en claro el lamentable asunto de la muerte de Ivette Delange, los esposos siguen a los agentes de la autoridad. Pero una vez en la Comisaría, una terrible noticia impresionará hondamente a Tony Seymour. El arma que se usó para asesinar a la célebre actriz es el puñal que su esposa utilizaba en el sensacional número de sus bailes. Las circunstancias son crueles acusadoras de Gaby, y por una curiosa coincidencia, el destino ha querido envolver en las enmarañadas redes de un crimen entre bastidores a la mujer que estaba dispuesta a abandonar la vida del escenario.

EN BUSCA DE UN HOMBRE

S ENTADO cómodamente en el sillón giratorio de su despacho, Guy, el periodista que hizo el reportaje a los bailarines Seymour se entretiene en manejar la máquina de escribir y trasladar a las cuartillas la bonita historia, inventada por él, de la vida de los dos artistas.

Tiene la intención de publicar el reportaje en grandes titulares, además de ilustrarlo con sendas fotografías de los protagonistas, que le fueron entregadas con una cariñosa dedicatoria por la propia Gabrielle Seymour.

La curiosidad de uno de sus compañeros de redacción se fija en el agraciado rostro de Gaby y lo examina cual buen tasador de bellezas.

—¿No has terminado todavía?

—pregunta distraídamente el redactor, buscando motivo para empezar la conversación.

—Casi he terminado. Espérame y te pagaré el desayuno—ofrece Guy a su compañero.

—Encantado. Nunca te quedas hasta tan tarde. ¿Estás haciendo algo importante?

—Estoy haciendo el reportaje de unos amigos míos.

—¿Es amiga tuya? ¿Quién es? Realmente es encantadora.

—Su nombre es Gabrielle Seymour—explica Guy—, y muy pronto la podrás ver en el Teatro Alhambra.

—¿Cómo dices que se llama? —inquire el amigo de Guy, sorprendido de que apenas cometido el

asesinato de Ivette ya tenga Guy la foto de la supuesta culpable.

—Seymour — responde sencillamente Guy, ignorante de lo sucedido en las últimas horas.

—Te felicito y me descubro ante ti—manifiesta el redactor, quitándose cómicamente el sombrero.

—No lo hagas, que podrías constiparte—se chancea Guy en el mismo tono.

—Ya lo estoy. Es sorprendente. Se ha descubierto hace una hora y tú ya tienes las fotografías, además de saber la historia de su vida.

—Pero, ¿qué diablos estás maquinando?—se sorprende Guy ante las extrañas palabras de su camarada.

—Claro que tú no debes saber que Ivette Delange ha sido asesinada esta mañana...

—¿Qué?—vocifera Guy, sorprendido por la ingrata noticia.

—Sí, y con el puñal que utilizaba esa chica.

—Pero, ¿te has vuelto loco?—interroga Guy, levantándose precipitadamente y cogiendo el sombrero de la percha.

Rápidamente se dirige al domicilio de los Seymour con ánimo de apreciar si la noticia dada por su amigo de la Prensa es verídica o por el contrario no es más que una falsa alarma. Pero el rostro descompues-

to de Tony le da a entender la cruda realidad. La desagradable noticia de la detención de Gaby con la correspondiente sospecha de culpabilidad, induce a Tony a buscar al mejor abogado de París. Acompañado de Guy, acude en busca del hombre que ha de defender a su mujer delante de los Tribunales.

A pesar de lo intempestivo de la hora, se personan en el domicilio de Roger Darnel, con deseos de entrevistarse urgentemente con el abogado. La tarjeta de Prensa de Guy allana las dificultades, y todavía medio dormido y envuelto en un batín, Roger oye de labios de Tony el enmarañado asunto de la muerte de Ivette Delange.

—Mi esposa ha sido detenida—le dice Tony.

—¿Y ella ha cometido el crimen?

—Claro que no!—protesta enérgico Tony, molestándole la duda que pueda haber sobre semejante asunto.

—¿Por qué la ha detenido la policía?

—El asesinato fué cometido con un puñal que utiliza mi esposa.

—Son bailarines; esa es su profesión—aclara Guy al abogado, en vista de que Tony ha omitido explicarlo.

—¿Tienen alguna otra razón para sospechar de ella?

—Pues... mi esposa se había peleado con la mujer asesinada.

—¿Quién fué la víctima?

—Ivette Delange, la primera actriz del Alhambra.

—¡Ah! ¿Cree usted que hay alguien que hubiera podido hacerlo?

—pregunta el abogado a Tony, para que le conteste si sospecha de alguna determinada persona.

—No—tiene que confesar éste, desconocedor de los que integra la compañía, por llevar muy pocos días en ella.

—Delange debía tener muchos enemigos—añade Guy, refiriéndose al genio vivo de Ivette.

—Esto no me ayuda mucho—se ve obligado a confesar el abogado.

De repente Tony parece recordar un episodio que le ocurrió la misma noche del crimen, y exclama:

—¡Ya sé quién ha sido! No me explico cómo no pensé antes en él. Oiga, señor Roger. Al salir del teatro ayer noche, me encontré con un hombre extraño que andaba por la puerta del escenario. Me pidió que le enseñara dónde estaba el camerino de Ivette Delange.

—¿Vio alguien más a ese hombre?—interroga el abogado, ansioso de encontrar un punto de partida para sus indagaciones.

—No lo sé. No había nadie por allí.

—Temo que no sea suficiente. ¿Conocería usted a ese hombre si le viera otra vez?

—Sí; me fijé mucho en él. Era tan alto como Guy—explica Tony, describiendo al hombre misterioso—, de estatura corriente, cabello rubio y bigote, y llevaba gabardina.

—Hay que buscarle — indica el abogado a Tony.

Siempre amparado en el carnet de Prensa de Guy, Tony y el reportero penetran en el archivo general de fichas de delincuentes que tiene la policía de París. En un cuarto inmenso, clasificados convenientemente en archivos especiales, se encuentran las características y fisonomías de la gente del hampa internacional.

—Nunca creí que hubiese tantos ladrones en el mundo — comenta Tony después de haber examinado unas cuantas docenas de ficheros y desesperando encontrar la cara que busca.

De repente, la mirada del muchacho queda fija en la fotografía de un reo.

Su cerebro trabaja recordando las facciones de aquel otro hombre que le pidió la dirección del gabinete de Ivette y las compara con el de la fotografía que ahora tiene delante.

—¡Ya lo tengo! ¡Este es nuestro hombre!

Sorprendido por la exclamación

de Tony. Guy acude presuroso a su lado, y contemplando el rostro del delincuente pregunta a Seymour:

—¿Estás seguro?

—Segurísimo.

Ante la rotunda afirmación de Tony, Guy solicita de uno de los oficiales el examen de la ficha del individuo en cuestión.

—Henry Capelle—lee el oficial a la vista de la ficha buscada—Robo en París, año 1926. Cuadrilla Renoirs. Condenado a reclusión por chantaje en 1936.

—Un noble ciudadano—comenta irónicamente Guy.

—De entre tantos cientos de fotografías que ha mirado usted día tras días, ha tenido que escoger precisamente ésta.

—Porque es el hombre que busco—afirma Tony, seguro de lo que dice—. Le reconocería entre un millón.

—Pero Henri Capelle fué puesto en libertad el día ocho de abril...

—Y el crimen fué cometido el día 27—corrobora Tony.

—Pero este hombre salió de París el día 11.

—Habrá vuelto—contesta Seymour.

—Si hubiera vuelto, estaría hecha la anotación en la ficha—explica el oficial del fichero, insinuando—: no

es posible que sea Capelle el autor del asesinato.

—Este es el hombre que yo vi—afirma nuevamente Tony—, apostaría mi vida.

—¿No hay medio de hacer más investigaciones?—interroga Guy, intentando convencer al funcionario.

—No hay ninguna investigación a hacer. Ese hombre no estaba en París el día 27 de abril.

Convencidos de que la policía no les aportará ninguna nueva interesante y de que se negarán a llevar a cabo ninguna investigación, ya que para ellos consta como ausente, Tony requiere del oficial de Policía una copia fotográfica del delincuente.

—Te habrás equivocado—insinúa Guy a su amigo, creyendo los datos de ausencia registrados en la ficha.

—De ningún modo—rechaza Tony, cada vez más firme en su opinión—. Este es el hombre que me habló.

—Si la policía está convencida de que ha salido de Francia, no se preocupará más de ello.

—Me ocuparé yo—decide Tony, con intención de buscarlo por su cuenta.

—Y yo te ayudaré...

—Bien. Entonces, tú, como periodista, tendrás alguna influencia en los barrios bajos.

—Sí. Pero suponiendo que éste sea el hombre que tú viste, a estas horas lo más seguro es que no esté en París, especialmente si ha cometido el crimen.

—Podemos intentar buscarle. Debemos intentarlo — insiste Tony

pensando en las terribles horas de angustia que sufrirá su adorada Gabby, entre las diligencias oficiales de la policía y las acusaciones y cargos que caen sobre ella.

—Muy bien; si está en París, lo encontraremos—afirma Guy, seducido por la fe de Seymour.

PESQUISAS INFRUCTUOSAS

LOS barrios bajos de París, tan propicios para servir de escondrijo a los burladores de la ley, son visitados por Tony y Guy en busca de una orientación para identificar al hombre de la fotografía. Guy, que como periodista se ha visto obligado a efectuar diversos reportajes en aquel distrito, guarda en secreto una mala jugada llevada a cabo por un sujeto del hampa e indica a Tony que él es el único que puede guiarles en el laberinto de los malhechores, ya que en más de una ocasión le ha servido en agradecimiento a su silencio.

—Es un mal hombre, uno de los peores de París—le refiere a Tony—. Sería capaz de vender a su propio padre. Yo le guardo el secre-

to y me ha sido útil más de una vez. Es en este bar.

—¿Está Malou aquí?—pregunta Guy al individuo que hay detrás del mostrador del misero bar—. Descuide—añade, viendo el gesto de duda—. Soy amigo suyo. Dígame que Guy Henri quiere hablarle.

—Iré a ver si está...

—¿Crees que estará?—interroga ansioso Tony.

—Claro que está aquí. Creo que no ha salido a la calle desde hace diez años. Ten en cuenta que si se asomara a la puerta su vida no valdría...

—Díce que pase usted—indica el del mostrador a Guy, interrumpiéndole.

En una habitación de aspecto todavía más misero que la cantina, al-

rededor de una mugrienta mesa que dice muy poco en favor de la limpieza, se encuentra Malou, entregado a su placer favorito: comer. Su prolongada estancia en las habitaciones interiores de la casa ha hecho de él un verdadero glotón incapaz de resistir la menor tentación gastronómica. Junto a él, uno de sus hombres de confianza le va poniendo al corriente de todo cuanto suceda en el exterior.

—Mi querido amigo. Me alegro de verte. Siéntense—indica a los visitantes, sin molestarse en levantarse de su asiento.

—Muchas gracias. Tony, este es un amigo de confianza. Oiga, Malou, necesitamos ayuda.

—Ya sabe que estoy a sus órdenes. Ya conoce al «Hurón». Es mi secretario particular—informa de la personalidad de su compañero—Bien, ¿Qué puedo hacer para servirles?

Del interior de su cartera, Tony extrae la copia fotográfica obtenida en el Departamento de Investigación.

—¿Conoce usted a este hombre?—interroga a Malou, entregándosela.

Para examinar la imagen que le tiende Tony, Malou cesa de comer durante un momento, limpiándose los labios con el revés de la man-

ga. Sin duda alguna responde, una vez vista la copia:

—Nunca le he visto. Enséñesela a mi representante.

—No... no creo recordarlo—niega el aludido.

—¿No?... Quizá esto te ayudará—le indica Guy, deslizado un billete de cien francos encima de la mesa, sin dejar de sujetarlo.

El billete tiene la virtud de refrescar la memoria del «Hurón», que comienza a alargar la mano en su busca. Mas la de Guy no deja de sujetar el billete, convencido de que la codicia del compinche de Malou contribuirá a que diga todo lo que sabe de Capelle.

—Anda. Haz memoria—ordena Malou, a quien ya violenta el mutismo de su secretario.

—Pues... parece ser Henri Capelle—confiesa, acosado por su jefe.

—Lo es. ¿Sabes dónde está?—pregunta Tony, anhelando saber el paradero del hombre que tal vez sea la clave del asesinato.

—No. No sé dónde está.

—Averigüalo—ordena Malou—Tú puedes enterarte de su paradero.

—Yo sé dónde estaba ayer noche. Yo le vi.

—¿Qué te dije?—exclama Seymour, dirigiéndose a Guy.

—¿Dónde está? ¿Dónde le vió?

—Ayer noche estaba en casa de madame Didier.

—¿Estará allí ahora? — interesa Tony, dispuesto ya a acudir en su busca.

—No. No debe estar allí ahora.

—Pero madame Didier sabrá dónde vive—razona Guy, creyendo ya la presa en sus manos.

—Madame Didier no pregunta a sus clientes su dirección privada—responde irónicamente el «Hurón», recordando a los dos investigadores que la consigna de la gente del hampa es la discreción, y que ésta, como en el caso presente, sólo se eluebranta cuando se enseñan billetes.

Guy, comprendiendo bien el sentido de las palabras del compinche de Majou, deja encima de la mesa de la habitación el billete prometido y recomienda al «Hurón» una pronta respuesta sobre el paradero del hombre a que andan buscando, con la consiguiente recompensa a recibir una vez efectuado el servicio.

Cada vez más seguro de que si hallan al hombre que le preguntó por el gabinete de Ivette, librará a Gaby de la mala situación en que se encuentra, el joven Seymour multiplica sus indagaciones y recorre París de un lado para otro, pero Henri Capelle no aparece por parte alguna,

con la consiguiente desesperación del muchacho, que ve acercarse el día del proceso de su adorada sin haber obtenido todavía ningún resultado práctico.

Una última entrevista antes de aparecer ante la justicia, tiene lugar entre los dos esposos. Por entre las rejillas del locutorio, ambos procuran disimular su íntima zozobra.

—Estás más hermosa que nunca.

—Parece que estás cansado, Tony—reprocha su mujer, al reparar en el estado de agotamiento de Tony—. Debes cuidarte mucho.

—Te quiero—es la respuesta del muchacho.

—Ya lo sé. Pero cuidate—recomienda nuevamente Gaby.

—No te preocupes por mí, nena.

—Ese hombre, ¿ha aparecido ya?

—No, aun no. Pero le encontraré—asegura Tony—. Dos veces hemos estado sobre su pista y le hemos perdido.

El aviso de que deben dar fin a su entrevista, dado por el guardián del establecimiento, obliga a la separación del matrimonio. Apenas Tony Seymour acaba de salir, la risueña faz de Gaby vuelve a entristecerse otra vez y murmura en voz baja:

—¡Oh, Tony!... ¿Cuándo podré salir de aquí?

CABY SEYMOUR, ANTE LA JUSTICIA

EL proceso de Caby Seymour pasa a formar parte de las conversaciones de toda la capital. El nombre y fama de la víctima, así como la trágica muerte que sufrió, son comentados en todas las reuniones, formándose alrededor de la presunta culpable una leyenda nada benéfica para las decisiones del Tribunal.

Llegada ya la fecha en que Caby debe responder a las acusaciones que se le dirijan, Roger, su abogado, se encuentra en un conflicto para llevar a efecto la defensa, ya que el único testigo que podría reportar luz sobre el asesinato no ha sido descubierto por Tony.

Este, acompañado del fiel Guy, sigue recorriendo todos los antros

donde sea posible indagar el paradero de Henri Capelle, pero todas sus pesquisas han tenido hasta el momento un resultado desesperante. En su última tentativa para hallar a Capelle, efectuada horas antes de presentarse en el Palacio de Justicia, donde juzgarán a su mujer, Tony, acompañado de Guy y de Ninette, esta última empeñada en ayudarles, agotados por el cansancio y abatidos por la desesperación, deciden tomar asiento en un bar para reponer las fuerzas.

Quiere el destino burlarse de sus estorizadas tentativas, y dispone que al acercarse a un velador situado en la acera, no se dan cuenta de la presencia del hombre buscado. Henri, de espaldas a ellos, se levanta de la silla y parte en la misma dirección

que llevan los tres amigos. De esta forma, sin saberlo ninguno de los interesados, han estado a escasos palmos de distancia y no han tenido ocasión de reconocerse. El gesto de Capelle ha sido fruto de la casualidad, ya que por su parte ignora que sea objeto de una búsqueda tan intensiva.

—Todo es inútil. Debe haberse marchado de París—opina Ninette, dejándose caer en la misma silla que poco antes ocupara Capelle.

—Y yo creía conocer esta ciudad. Ya que estamos aquí, bebamos algo.

—Estoy rendido. Yo quiero un coñac. Pero mucho coñac.

La repentina presencia de unos vendedores de periódicos, voceando: «Últimas noticias del crimen del Alhambra», hace apresurar a los tres amigos. Rápidamente se dirigen hacia el lugar del proceso.

Gaby Seymour, vigilada por dos gendarmes, se encuentra sentada en el banquillo de los acusados. Las largas horas de insomnio y la angustia de los días pasados no han dejado más huella que un matiz de profunda melancolía. Su rostro, de ordinario hermoso, aunque triste ahora, da lugar a favorables comentarios del público. Su abogado defensor, contrariado por la falta de noticias,

pero sereno, aguarda las acusaciones del fiscal.

—El día 28 de abril pasado, usted y su esposo estaban contratados para presentar una danza en la revista del Teatro Alhambra—manifestando el presidente de la Sala, dirigiéndose a Gaby—. ¿Es verdad que en su traje para este número se incluía un puñal?

—Sí, señor presidente.

—Entonces aquí hay dos hechos bien establecidos. Ahora escúcheme con atención. Durante el ensayo general de la noche del día 27 de abril, usted se disgustó por algún motivo con la víctima del crimen y se peleó con ella violentamente.

—Podemos probar por medio de testigos dignos de confianza e imparciales, que la discusión no fué iniciada por la acusada, sino por la víctima—interviene la defensa, en contestación a las palabras del presidente.

—Si el jurado quiere considerar este hecho como un punto en favor de la acusada, puede hacerlo—indica el presidente, dirigiéndose a los miembros del mismo.

Para desvirtuar el efecto que hayan podido causar en éste las anteriores palabras del fiscal, interviene en seguida y dirigiéndose a ellos hace notar:

—También puedo probar que la

acusada estaba profundamente celosa de su esposo y disgustada por la preferencia que por él tenía la víctima.

El presidente continúa exponiendo los hechos.

—Poco después de su pelea con Ivette Delange, la actriz fué encontrada muerta en su camerino, asesinada con el puñal que empleaba usted para su danza, esta arma fue lanzada a la víctima con idéntica precisión que usted empleaba en su número. Aun estando mortalmente herida trató de defenderse. Disparó contra su agresor. La bala se ha encontrado incrustada en la pared.

Roger, el abogado de Gaby, sigue con creciente interés la exposición imparcial de los hechos que expone el magistrado y examina atentamente la expresión del fiscal acusador, pronto a restablecer los argumentos de la defensa en cuanto aquél quiera interpretarlos en contra de su defendida.

—Ivette Delange fué asesinada—continúa explicando el presidente—. Su asesino escapó dejando un puñal que pertenecía a usted. Este puñal, como apreciaron los primeros testigos produjo la muerte de la víctima. El asesino, Gabrielle Seymour, es usted—finaliza el presidente acusando directamente a Gaby.

—¡Yo no la maté! Ya se lo he

dicho. No miento. No fui yo—protesta enérgicamente Gaby, aunque en el fondo reconoce que todas las pruebas están en contra de ella.

—Pues entonces, ¿puede usted decirme por qué se armó con el puñal antes de ir a su camerino?

—Forma parte de mi disfraz, y no me di cuenta.

—Durante el curso de la pelea, usted la amenazó.

—Sí, pero no con el arma. Sólo con palabras. No me di cuenta de que lo tenía hasta que ella me dijo que lo dejase, y entonces lo puse encima de la mesa, pero juré que no había pensado usarlo.

—Entonces, ¿por qué se armó la víctima con un revólver?

—Yo no vi ningún revólver—asegura Gaby, asombrada de que se mencionase un arma que ella no vió en parte ninguna.

—¿Ni en ningún momento, durante la pelea?

—No.

Para inclinar la balanza en su favor, el fiscal cree oportuno dirigirse al Tribunal, recordándoles la profesión de la acusada.

—Creo que debo advertir al Jurado, que jamás se había presentado una detenida tan atrayente ante la Justicia y no olviden que es una actriz, acostumbrada a simular emociones que está muy lejos de sentir.

A las palabras insidiosas del fiscal, el abogado defensor toma la palabra:

—Señor presidente. Ruego que el señor fiscal retire esas advertencias que van dirigidas a poner al Jurado en contra de mi cliente. Es verdad que tiene talento y que es muy bella, pero esas cualidades no prueban que sea necesariamente una farsante o una criminal.

La pugna habida entre el fiscal y Roget despierta la curiosidad de la Sala, que no había reparado bien en la hemosura de Gaby. Un miembro del Jurado solicita que ésta se descubra para apreciar sus facciones. La acusada obedece la orden del presidente y el público se da cuenta de hallarse ante una mujer de envidiable hermosura.

A las palabras de Roger demandando no se trate de indisponer a la acusada con el Jurado, el presidente advierte a los componentes del mismo:

—Ruego a los señores del Jurado que no tengan en cuenta las sugerencias del señor fiscal. La acusada no es menos digna de confianza a causa de su profesión y apariencia.

Las anteriores insinuaciones del fiscal, visiblemente encaminadas a que los jurados formen un concepto ambiguo de Gaby, pone en guardia a Roger, que, aunque siempre aten-

to a las palabras del presidente, no deja de mirar por un instante la cara del acusador, intentando adivinar los pensamientos que cruzan por su cerebro para atajarlos sin pérdida de tiempo.

—Usted ha admitido que usó palabras amenazadoras contra la víctima—dice el presidente, dirigiéndose nuevamente a Gaby, y examinando los hechos—. ¿Qué palabras eran?

—No las recuerdo, señor presidente.

—Me veo precisado a rogarle que trate de recordarlas.

—La insulté, concretamente no sé lo que dije—manifiesta Gaby, sin que a su memoria acudan las palabras que pronunció en aquellos momentos de excitación—. Estaba muy nerviosa. Se volvió de espaldas y yo me marché.

—Me parece que la acusada sólo recuerda lo que quiere. Este no es un nuevo método de defenderse—insinúa el fiscal, encerrando en estas palabras un reproche indirecto a la táctica del defensor.

Pero éste, sin darlo tiempo a terminar, interviene rápidamente, desvolviendo el mudo reproche:

—No es un método de defensa, sino la verdad absoluta y evidente.

—Me interesan solamente los hechos—es la contestación que recibe

Roger, que aunque sabe que los hechos no pueden ayudarle mucho, no se desanima y replica dirigiéndose al Tribunal:

—Es una lástima que la ley no requiera un curso de psicología antes de ser admitido en el Tribunal. Si así fuera, mi instruido oponente podría reconocer la verdad al verla en la cara humana y oírla en la voz humana.

—[Qué tontería! Son argumentos de novelas por entregas, escritas para deleite de la gente inculta.

Roger se da cuenta inmediatamente de que el fiscal ha tenido un desliz en sus palabras y aprovecha la oportunidad para hacerlo ver al público.

—El jurado debe vanagloriarse de que mi ilustrado colega no vacile en calificarle en el apartado de gente inculta—hace notar ante los murmullos de los que presencian el proceso.

El fiscal, tarde ya, se da cuenta de su indiscreción y de la mofa que ha despertado la atinada observación de su antagonista. Afortunadamente para él, interviene el señor presidente.

—El incidente queda terminado. Jean Dubec, el sereno del teatro, ha declarado que la vió salir a usted diez minutos antes de descubrir el crimen. Y éste fué descubierto a las

cuatro horas y cinco minutos. Por lo tanto, usted debió dejar el teatro cinco minutos antes de las cuatro.

—Eso es imposible. Salí del teatro mucho antes — manifiesta la acusada, convencida de haberse marchado antes de la hora señalada por el Tribunal—. Dubec ha mentido.

—¿Por qué había de mentir?

Encerrada en la justificación de la hora que abandonó el Alhambra, Gaby recuerda que, en su prolongado paseo en la madrugada del día del asesinato se fijó en un reloj situado no recuerda dónde. A fuerza de rebuscar en la memoria, confiesa al presidente:

—Ahora me acuerdo. Me fijé en la hora cuando pasaba por el puente de la Concordia. Entonces no eran más que las cuatro; yo no hubiera podido andar las dos millas que me separaban del teatro en cinco minutos.

—¿Y qué estaba usted haciendo a esa hora en el puente de la Concordia?

—Anduve sin fijarme en nada. No sabía qué hacer. No quería volver a una habitación vacía—manifiesta Gaby, con verdadera sinceridad al recuerdo de las amargas horas pasadas en aquella madrugada azarosa.

—¿A lo largo del Sena?

—Sí, porque había pensado arrojarme al río.

—Iba pensando en suicidarse y se tomó la molestia de fijarse en la hora que era—comenta maliciosamente el fiscal, aprovechando todas las oportunidades que cree es conveniente intervenir, para pintar el carácter de la acusada a su manera.

—Estaba mirando el agua desde el puente y las campanas del reloj parece que me devolvieron la razón.

—¿Entonces rechazó usted la idea del suicidio? ¿Por qué cambió usted de pensamiento?—interroga el presidente.

—Tuve miedo.

—¿Y volvió a la casa de huéspedes donde habita, en la que fué detenida a las cinco y media? ¿Qué hizo usted durante ese tiempo?

—Anduve continuamente.

—¿Encontró usted a alguien?

—No.

—¿Y nadie habló con usted?

—Si lo hicieron, yo no me di cuenta—aclara Gaby, aunque está segura de que no creará lo que dice, al desconocer el verdadero estado de nerviosismo que atravesaba en aquellos terribles instantes.

Así es, en realidad, porque hasta el presidente, que hasta el momento seguía una táctica bastante desprovista de partidismos, replica a la contestación de Gaby:

—Paris ha cambiado mucho desde mi juventud—lo que ocasiona murmullos y risas apagadas en el público.

La defensa comienza a actuar sobre fundamentos más o menos hipotéticos por carecer de hechos palpables con que convencer al jurado. Pero Roger esgrime hábilmente las pequeñas causas en busca de la comprensión del Tribunal.

—El médico oficial ha descrito con claridad y precisión el modo cómo fué atacada la víctima, calculando que mediaba una distancia de siete pies. El arma fué arrojada con tanta fuerza que causó la muerte casi inmediatamente. Pediré al doctor que se fije en mi cliente. Señora Seymour, ¿tiene usted la bondad de ponerse en pie?—solicita Roger a Gaby.

Cuando ésta, obedeciendo las súpticas de su defensor, se ha levantado, éste hace la siguiente pregunta al doctor:

—Usted ha dicho que el arma fué arrojada con mucha fuerza. ¿Cree que la acusada tendría la suficiente para hacerlo como usted nos ha dicho?

—No, no lo creo posible.

—Sin embargo, doctor, usted no dice que considere imposible después de un largo entrenamiento, que cualquier persona, hombre o

mujer, pudiese lanzar el arma con la fuerza de que usted habló—hace notar el fiscal, indicando que la costumbre de Gaby en estos ejercicios hace factible este punto.

—No; es posible.

—Suplico al jurado que recuerde las palabras que acaba de pronunciar el señor fiscal: «cualquier persona puede haberlo lanzado»—indica Roger, con su oportunidad característica.

—Suponiendo que esa persona fuera un experto del lanzamiento del cuchillo, como la acusada.

—Acusada, ¿tiene usted algo que añadir al testimonio del médico oficial?—indaga el presidente.

—No, señor.

—Gracias, doctor. Puede retirarse. Llamen a otro testigo.

Desde los asientos destinados al público, las miradas ansiosas de Tony siguen todos los movimientos de su esposa, intentando consolarla.

Ninette permanece al lado del muchacho y con señas apenas perceptibles indica a su amiga que tenga confianza. Cuy, de acuerdo con Tony, sigue las pesquisas en busca de Henri Capelle.

La entrada del primer testigo, Adolfo Morel, apaga los murmullos del público.

El presidente, previo juramento

de decir toda la verdad, comienza el interrogatorio:

—Señor Morel. En su última declaración, usted manifestó que en la mañana del crimen la víctima le había pedido veinte mil francos. ¿Puede usted decirnos la hora exacta en que usted le entregó el dinero?

—Creo que eran casi las tres.

—¿Estoy en lo cierto afirmando que en su teatro los requerimientos de un ensayo general llevaron consigo una mezcla de personas de muy distintas esferas, y que alguna de ellas podía ser de dudosa honestidad?

—Es posible—concede Morel.

—¿Alguien le vió cuando llevaba los veinte mil francos al camerino?

—Interviene Roger.

—No lo creo. Casi todo el mundo había salido.

—Excepto Gabrielle Seymour...

—señala intencionadamente el fiscal.

—No es necesario mencionar ahora hechos que ya son conocidos.

—Me doy perfecta cuenta de las dificultades con que tropieza la defensa. Señor Morel, Cuando usted salió del camerino, ¿no vió a nadie?

—Inquire el fiscal.

—Yo no entré en la habitación—aclara Morel—. Pasé el dinero por entre la puerta entreabierta.

—¿Eso fué, quizá, porque la víctima no estaba vestida?

—Tal vez. Pero el rubor y la timidez jamás fueron sus características. Yo recuerdo que su actitud me produjo una enorme sorpresa.

—Entonces, ¿usted está seguro de que nadie le vió entregar el dinero a la víctima?

—No, a no ser que hubiera alguien en la habitación.

—¿Es que usted tuvo la impresión de que no estaba sola?—averigua Roger, que concede interés a este detalle.

—Tal vez...

—No hemos averiguado la misteriosa razón por la cual la víctima solicitó que le entregaran esa suma a esas horas de la noche, y tampoco hemos aclarado el hecho de que estuviese sola—hace notar deliberadamente Roger—. ¿Puedo pedir que declare nuevamente el sereno del teatro?—solicita al presidente.

—Que entre Jean Dubec—concede.

—Oiga, señor Dubec, cuando la víctima le telefonó para que buscara al señor Morel, ¿qué hora era?

—Serían... aproximadamente las tres y media.

—¿Las tres y media? ¿Está usted seguro?—insiste Roger, dándose cuenta de que la declaración del se-

reno no confronta con la de Adolfo Morel.

—Las tres y media no podían ser rectificadas rápidamente el empresario.

—¿Por qué?

—Pues porque yo salí del teatro a las tres menos diez minutos.

—¿Qué dice usted a esta aclaración, señor Dubec?

—Tal vez era más temprano, pero fué justamente después que la acusada salió de mi bar, donde había estado bebiendo mucho, y a consecuencia de ello estaba excitada—manifiesta Dubec, no muy seguro de la hora en que buscó a Morel.

—Todo eso ya lo sabemos, porque usted nos lo ha dicho antes. Usted está demostrando una innecesaria hostilidad hacia la acusada, y sobre una cuestión de suprema importancia está en desacuerdo con un testigo cuya honestidad y sinceridad son irrefutables—recrimina Roger, ante las malévolas insinuaciones de Dubec.

—Pero no más que el testigo que está usted acusando—interviene inmediatamente el fiscal—. El también está bajo juramento y no puedo permitir que se dude de su palabra.

El presidente termina la discusión entre el fiscal y el abogado defensor, y tras interesar si desean hacerle otra pregunta, ante la negativa de ambas partes, manda que se retire

Dubec. Alfonso de la Riviere es el siguiente testigo y después de las preguntas de rigor y hacer la declaración, deja paso al marido de la acusada.

—Su nombre, edad y profesión —solicita el presidente.

—Antonio Seymour. Veintinueve años. Bailarín.

—No puedo tomar su juramento, porque es el esposo de la acusada. El Jurado debe oír sus declaraciones a título de información.

—Señor presidente. Yo lo ignoro todo.

—Diríjase al Jurado — indica la presidencia.

—Ignoro lo que pasó. Sólo puedo decirles que mi mujer no cometió el crimen. Es imposible.

—Sírvasse limitar su testimonio a hechos que únicamente se refieran al crimen.

—Perdóneme. En la noche del crimen, mi esposa y yo tuvimos una discusión. La culpa fué mía. Enteramente mía. Si yo la hubiese escuchado hubiéramos salido del teatro juntos y ahora no sería acusada injustamente —dice Tony a los miembros del Jurado, dejándose llevar por sus impresiones personales y sin darse cuenta de que se desvía de la declaración oficial.

—Le repito una vez más que se

limite a referir hechos —reprocha por segunda vez el presidente.

—El testigo, al parecer, aportará datos sin importancia —sugiere el fiscal.

—Confío que el Jurado, lo mismo que yo, se dará cuenta de la innegable sinceridad de las palabras del testigo —señala Roger, llamando la atención al público acerca de la realidad que encierran las declaraciones de Tony.

—Prosiga —ordena el presidente.

—Cuando yo marché del teatro la noche de la desgracia, vi a un hombre que...

—Sí, sí. Ya nos dijo todo eso durante su anterior interrogatorio —le interrumpe el presidente — pero los archivos de la policía demuestran que ese hombre no estaba en Francia cuando se cometió el crimen.

—No sólo estaba en Francia, sino en París — afirma enérgicamente Tony.

La seguridad de las palabras de éste hace suponer al fiscal que habrán encontrado a Henri Capelle, y para asegurarse de ello, indaga:

—No dudo que la defensa estará preparada para presentarle como testigo.

—No hemos podido encontrarle todavía —se ve obligado a confesar Roger.

Pero el no haber encontrado los

veinte mil francos, demuestra claramente que este hombre...

Otra vez las sugerencias de Tony tienen que ser atajadas por la presidencia. El muchacho, exasperado por la carencia de hechos que permitan descartar la culpabilidad de su esposa, habla con entera sinceridad sin darse cuenta de que se halla delante de un Tribunal.

—¿Por qué se esconde? ¿Por qué fué al cuarto de Ivette Delange la noche del crimen? ¿Cuándo salió de allí?—pregunta Tony, sin poder contenerse y apelando a la humanidad del Jurado más que a las estrictas reglas de la ley.

—Usted no está aquí para hacer preguntas, sino para contestarlas. Si ese hombre no ha sido encontrado, es probablemente porque no existe.

—¡Claro que existe! La policía no me ha ayudado lo bastante para encontrarlo y no sé cuántas veces durante los últimos días he pedido ayuda. Han prometido hacerlo, pero nunca han colaborado conmigo, nunca han hecho nada, ¡absolutamente nada!—manifiesta Tony, cada vez más excitado.

—No permitiré que se critique a la policía. Presente los hechos sin perder la serenidad—amonesta por tercera vez el presidente.

—Mi mujer está ante el Tribunal

con peligro de su vida, y me dice que no pierda la serenidad. He presentado hechos y usted los rechaza, es un hecho que ese hombre está en París: es un hecho que su presencia en este juicio probaría la inocencia de mi mujer. Es un hecho que mi mujer es incapaz de matar a nadie.

—Todo eso no nos ayuda en nada—asegura el fiscal, con evidentes muestras de que ya no precisa para nada la presencia de Tony.

—No nos ayuda porque ustedes no quieren escuchar la verdad, porque ustedes han constituido un caso contra una mujer inocente y no quieren estropearlo—acusa crudamente Tony, dirigiéndose particularmente al fiscal en demanda de comprensión.

—Puede usted retirarse—ordena el presidente.

—Deje que termine.

—¿Tendré que ordenar que se lo lleven?

—Señores, de sus últimas palabras depende una vida—sigue diciendo Tony, con trémula voz—. Ustedes pueden pedir que se suspenda este caso hasta que pueda presentar al testigo principal.

—Esto es un Tribunal de Justicia—reclama el Fiscal.

—¡Justicia! Por todo este edificio está escrita la palabra Justicia.

Si es justicia que se condene a una mujer inocente, en mi vida entendi esta palabra.

Las declaraciones de Seymour impresionan profundamente al público, que advierte el acento de sinceridad que acompañan.

Las reiteradas faltas al orden

efectuadas por Tony, obligan al presidente a ordenar a los gendarmes le indiquen que se retire. El muchacho, profundamente abatido por la inutilidad de sus esfuerzos, regresa al lado de Ninette, que silenciosamente contempla la amargura de Seymour.

EN EL QUE APARECE HENRI CAPELLE

LA actividad de Guy y la promesa de unos billetes como premio al hallazgo de Capelle ofrecidos al «Hurón», obtienen el efecto deseado. Apenas ha dejado a Tony y Ninette, después de activar unas gestiones que de momento no le dan el resultado apetecido, encamínase a la calle donde está situada la guarida de Malou. El ambiente del tugurio a tales horas es verdaderamente pintoresco. Humo de tabaco invadiendo la habitación. Parejas de bailarines que estrechamente cogidos bailan precipitadamente con los pasos más inverosímiles. Y entre ellos, con una rubia de elevada estatura, se encuentra el «Hurón» dibujando difíciles movimientos.

Al entrar Guy en el bar, recibe la

buenas noticia de haber sido hallado el hombre por tanto tiempo buscado. Valiéndose de un ardid lo han introducido en el establecimiento, y después de hacerle beber copiosamente, ahora está tendido en una cama del primer piso sin temor a que pueda escaparse.

Aceleradamente, se dirige Guy en busca de Tony. Este recibe el aviso del periodista cuando ya está desesperado de la situación de su esposa, y abandonando precipitadamente la sala del Tribunal advierte a Ninette procure informar a Roger de la entrada en escena del testigo para demorar la decisión del jurado.

Trasladados a toda velocidad al bar de Malou y conducidos por el «Hurón», dan por fin con Henri Capelle.

—¡Ese es!, ¡ése es! Ya le tenemos —exclama Tony al ver a Capelle durmiendo en la cama—. Este es el hombre que yo vi aquella noche.

—¿Qué es esto? ¿Qué quieren ustedes?—interroga sobresaltado Henri al despertarse.

—Usted viene con nosotros inmediatamente —ordena Tony al tiempo que entre él y Guy le sujetan fuertemente, obligándole a subir a un taxi.

Con la premura que exige el caso se personan seguidamente en el Palacio de Justicia.

El informe del fiscal ha dado comienzo mientras Tony efectuaba las diligencias que le conducían a la presentación del testigo principal.

—Ella la asesinó —acusa cruelmente el fiscal—. La asesinó de una manera cobarde y huyó protegida por la obscuridad. El arma fué arrojada con tanta fuerza, penetró tan violentamente, que ocasionó la muerte instantánea. La infeliz víctima cayó como fulminada por un rayo. Después de esto, la acusada robó, robó a la mujer a quien tan cruelmente había asesinado. Señores del Jurado, pronto oirán ustedes a un inteligente abogado que, sin duda, les hablará de intemperancia, pasión, celos. Tal vez se extenderá en consideraciones sobre el «Fallo irreparable». No deben dejarse in-

fluenciar por su elocuencia. Estoy seguro de que ustedes cerrarán sus corazones a la falsa compasión, porque saben que la señora Seymour es una actriz.

Las palabras del fiscal, terriblemente acusadoras, estremecen a Gaby Seymour. Roger, por su parte, sin ningún hecho que destargue la actuación de la acusada, se está preparando para efectuar la defensa lo mejor posible y obtener una pena mínima para su defendida, cuando la entrada de un ujier que se dirige hacia él, diciéndole algo en voz baja, parece reanimarlo. Afortunadamente para Gaby, Tony y Guy han llegado con Capelle y han pasado el encargo a Roger de que solicite la declaración del nuevo testigo. Sin embargo, Roger cree prudente dejar al fiscal en su discurso.

—Sus protestas de inocencia, su llanto, su tristeza son una ficción. No ha procurado siquiera buscar una razón para justificarse. Se contenta con las denegaciones de una chiquilla. «Yo no he matado.» «Repito que yo no fui.» «Soy inocente.» Todo lo que dice es mentira. Ha procurado rodearse de misterio. Señores del Jurado, ustedes no deben caer en esta trampa. Recuerden las pruebas evidentes y que confirman que esta mujer es la culpable de un espantoso crimen.

Tras una breve pausa, examinando los rostros del Tribunal y calculando el efecto que producen en éste sus palabras, el fiscal sigue diciendo:

—Respondiendo «sí» a las preguntas que se les harán, la verdad triunfará, la justicia resplandecerá. Toda piedad, toda misericordia sería fatal. En la actualidad hay una creciente y peligrosa tendencia a tomar la justicia por propia mano. Por esa razón espero de ustedes un veredicto de culpabilidad, una sentencia justa, un veredicto que por ser tan ejemplar represente también la salvación de otras vidas.

Dando por terminada la acusación del fiscal, el presidente dice a Roger:

—Tiene la palabra el señor defensor.

—Señor presidente: Antes de dar comienzo a mi defensa, debo rogar al Tribunal que escuche la declaración de un nuevo testigo.

—Esto no tiene precedente—reclama el fiscal dispuesto a evitarlo—. Las declaraciones de los testigos han terminado.

—El veredicto no ha sido pronunciado y la declaración de este testigo puede ser de vital importancia para la acusada. Permitame que le recuerde sus palabras. Acaba de declarar que «la justicia debe triunfar y la verdad resplandecer». Tal vez habló con más verdad de lo que

creía. El misterioso individuo del que hemos hablado tanto desde el principio de este juicio... ha sido encontrado.

Las palabras de Roger referentes a la presencia del deseado testigo ocasionan revuelo general en la sala.

—Suplico al señor presidente que se digne ejercer su poder en este Tribunal—intercede Roger solicitando la presencia de Henri Capelle.

—Que pase ese testigo—concede el presidente.

—¿Su nombre, edad, profesión?—interroga cuando éste se encuentra ante su presencia.

—Henri Carrose. Treinta y ocho años.

—Un momento—interrumpe Roger—. ¿Cómo ha dicho usted que se llama? ¿Henri Carrose?

—Sí.

—¿Es verdad que usted sufrió condena por estafa bajo el nombre de Henri Capelle?

—Sí, señor.

—¡Ah! Entonces usted salió de Francia bajo el nombre de Henri Capelle y regresó con el de Henri Carrose—indica Roger descubriendo finalmente la incógnita de la omisión de su llegada en la ficha de la policía.

—Sí. Es mi verdadero nombre.

—Gracias, señor presidente. Per-

done mi interrupción — demanda Roger.

—¿Dónde estaba usted la noche del 27 de abril?

—Estaba en mi casa.

—No es cierto. Este es el hombre que vi entrar en el teatro la noche del crimen—interviene Tony.

—Estaba en casa. Luego fui al teatro, pero no tuve que ver nada con el crimen.

—¿Qué hacía usted allí?

—Fui a ver a Ivette Delange.

—¿Para qué?

—¿Por qué no? Era mi mujer —descubre Henri.

—¿Su mujer?

—Sí, señor. Nos casamos hace doce años. Cuando ella empezó a te-

ner éxito quiso deshacerse de mí. Dijo que yo era un estorbo en su carrera. Aquella noche fui a pedirle dinero, pero no la maté.

—Si usted era inocente, ¿por qué no se ha presentado antes?

—Por discreción, teniendo en cuenta mi situación pasada.

—Usted declara que fué a pedir dinero a su mujer. ¿Le dió algo?

—Sí. Dos mil francos.

—¿Y los otros dieciocho mil?

—Los puso en su escritorio.

—¿A qué hora fué usted al teatro?

—Aproximadamente a las tres.

—¿Vió al conserje al entrar?

—No; no estaba en la puerta.

EL VERDADERO ASESINO

ROGER, ante el nuevo giro que presenta la causa al descubrir Henri Carrose su verdadera personalidad y su boda con Ivette Delange, pretende hacer nuevos sondeos en todos los testigos, seguro de hallar en las manifestaciones contradictorias de algunos de ellos la clave del misterio del asesinato de la célebre cantante. Porque para Roger, el abogado, el hombre ante el que han pasado centenares de casos pasionales o morbosos, y que ha examinado de cerca, profundizando sin darlo a entender el espíritu de todos esos seres, no admite que Gaby sea, a pesar de las pruebas en su contra, la repugnante autora de un crimen tan bajo.

Todas cuantas veces se ha pre-

guntado si no será engañado por el matrimonio, que, al fin y al cabo, acostumbrados a representar, no les sería difícil hacerlo una vez más, ha llegado a la conclusión de que por más artistas que fuesen no podrían acompañar sus protestas con acentos de tanta sinceridad como siempre lo han hecho. Además, para él, no son tipos natos de farsantes, sino gente que se ha acogido al arte para defenderse en la vida.

Con el fin de comprobar la última afirmación de Henri Carrose, decide apelar a la venia de la Presidencia, solicitando un testigo:

—Señor presidente, desearía interrogar nuevamente al conserje para que ratificara esta afirmación.

—Llamen otra vez a Jean Dubec.

Una vez presentado éste, Roger insiste:

—Este hombre afirma que cuando llegó al teatro la noche del crimen, alrededor de las tres, usted no estaba en la puerta.

—Es posible que estuviera llevando bebidas a algún camarero—se disculpa Dubec torpemente.

—Usted ha dicho que no vio entrar a este hombre. Dígame, ¿le vio salir?

—Sí—afirma Dubec—. Le vi desde mi cuarto.

—¿Estaba usted en su cuarto?

—Interroga extrañado Capelle.

—Sí. Quizás no me vio usted, pero yo sí le vi cuando salió.

—Es usted un farsante. Usted no me vio. Mi mujer no quiso que nadie me viera y me hizo salir por el otro lado del escenario—descubre Capelle confundiendo a Dubec.

—Tal vez estaba equivocado.

—¿Estaba haciendo su ronda cuando descubrió el crimen?

—Sí, señor; cuando llegué al cuarto de Ivette Delange me extrañó que a esa hora la puerta estuviera entreabierta y las luces encendidas...

—Con la venia, señor presidente

—Interrumpe repentinamente Roger adivinando la verdad del crimen—. ¿Usted dice que las luces

estaban encendidas cuando salió del camarino?

—Sí, señor.

—¿Cómo estaban apagadas cuando fueron Alfonso de la Riviere y el otro testigo?

—No lo entiendo—arguye Dubec cada vez más confundido por las contradicciones de su declaración.

—Otra pregunta. ¿Cuando la víctima fué asesinada logró disparar un tiro contra su agresor? ¿Oyó usted aquel disparo?

—No oí nada. Estoy algo sordo.

—¡Ah! Es usted algo sordo. Está bien; no tiene importancia este detalle. Señor presidente, solicito su permiso para reconstruir el crimen. Aquí tenemos un plano del camarino de la víctima—explica Roger desplazándose al centro de la sala y cogiendo el mismo puñal con que Ivette fué asesinada.

—Protesto contra estas maniobras de última hora. Estas melodramáticas demostraciones pertenecen al teatro, no al Tribunal de Justicia. El señor defensor sobrepasa sus derechos.

—No puede usted limitar los derechos de la defensa. La libertad de esta mujer, quizá su vida, están en peligro. Desde este momento aseguro que ella no es una criminal y lo voy a demostrar plenamente. Ahora ya sé quien es el culpable y

dentro de un momento lo sabrán ustedes también. Les relataré una escena dramática que no tuvo testigos; una escena promovida por la codicia que terminó en tragedia.

El público y el jurado sigue con demostraciones de interés la defensa que Roger está efectuando, admirándose de que su imaginación pueda reconstruir tan a lo vivo una escena de la que no fué espectador.

Por su parte, Gaby acepta la defensa de su abogado sin saber hasta qué punto pueden favorecerle estas demostraciones ante el Tribunal. Pero Roger, que adivina las dudas de la muchacha, seguro de haber logrado el estado de emoción que se proponía, se ha aprestado a la prueba final.

La elocuencia de Roger se demuestra palpablemente en la exacta exposición de hechos. Todos los presentes están pendientes de sus palabras. Con el puñal en la mano, al lado de Dubec y de Capello en un ángulo de la sala, comienza a explicar su teoría.

—Dejadme volver al teatro con sus largos y oscuros corredores. La víctima ha salido, dejando los dieciocho mil francos encima de la mesa. Acechando en la puerta hay un hombre que, fascinado por los billetes y creyéndose solo irrumpe en el camerino, coge el dinero y se

dispone a salir con él, cuando oye un ruido. Es Ivette Delange que vuelve. Entonces corre a la habitación de al lado, coge el puñal que la acusada ha dejado encima de la mesa. Ignorando el peligro, la víctima entra en la habitación. Se apagan las luces. «¿Quién anda ahí?» —interroga atemorizada. Nadie contesta. El instinto le dice que amparado en la oscuridad hay alguien escondido.

—Tenga esto un momento—ordena a Dubec, al tiempo que le entrega el puñal. Este, de momento sorprendido, lo coge al fin por la hoja y sigue con los ojos a Roger, que se encamina hacia la mesita donde se halla el revólver que utilizó el asesino para matar a Ivette Delange, del cual se apodera.

Con él en su diestra, se aproxima a Dubec, y continúa su narración:

—Segura la víctima de que las luces se han apagado, no incidentalmente, sino por una mano asesina, se apodera, a oscuras, del revólver de su tocador y a una distancia más o menos de siete pies oye un ruido... y entonces dispara...

Confirmando la palabra por medio de la acción, Roger aprieta el gatillo del revólver y dispara apuntando por encima de Dubec. Al ruido de la detonación y en un movi-

miento instintivo que no puede evitar, lanza con toda su fuerza el puñal contra Roger, que, esperando ya la acometida del conserje, se agacha rápidamente, yendo a clavarse el arma en el borde de la mesa presidencial.

El pánico producido por el disparo y el cañón del revólver dirigido hacia él, ha hecho perder la serenidad a Dubec, quien, al lanzar el puñal contra Roger, no pudiendo resistir por más tiempo el tormento que representan las acusaciones del abogado, comienza a vociferar al

tiempo que los gendarmes se apoderan de él:

—¡Sí, sí! ¡Yo la maté! ¡Yo la maté!

Apenas pronunciadas las palabras que desechan la culpabilidad de su esposa, Tony irrumpe en la sala del Tribunal y abriéndose paso por entre la gente, todavía agitada, consigue llegar al lado de su adorada esposa y abrazándola con amor pregunta cariñosamente:

—¿Me guardas uno?

—Muchos — accede satisfecha Gaby besando amorosamente a su marido.

FIN

Los artistas célebres - Las grandes producciones - La mejor literatura

EDICIONES BIBLIOTECA FILMS 2 ptas.

Sigamos la flota	G. Rogers
Ritmo loco	F. Araire
El bailarín pirata	Charles Collins
Mamá se casa	Lili Dagover
María Estuardo	R. Hepburn
Melodía de Broadway	Robert Taylor
Los dos píñetes	Jacqueline Teyoli
Apuesta de amor	Gene Raymond
Vuelta de Américo Lupin	Warren William
Furia de hombres	Mickey Rooney
Hector Píramos	Geno Corvi
El mundo a tus pies	Lily Pons
Sepultada en vida	A. Nazari
Una pareja invisible	C. Bennett
La mujer sin alma	John Boles
El dominio verde	Danielle Darrieux
Damos del teatro	Kath. Hepburn
Defectivo y compañero	Zasu Pitts
Señorita en desgracia	Fred Astaire
Defensores del crimen	Richard Dix
Aventura Pompadour	Kate de Nagl
El poder invisible	Boris Karloff
Melodía rota	Willy Engel
Titanes del mar	Victor McLaglen
Cupido sin memoria	Ann Sothern
María Rona	Paula Wessely
Paseo Jamaica	Charles Laughton
El caso Varo	Clive Brook
Pygmalion	Laith Howard
Quimera de Hollywood	Jeanette MacDonald
Alarma en el expreso	M. Reedgrave
Los tres vagabundos	Heinz Rühmann

BIBLIOTECA FILMS NACIONAL 2 ptas.

La última falta	Miguel Ligero
La reina mora	María Ariza
Rinconito madrileño	P. C. Velázquez
María de la O	Carmen Amaya
¡No quiero! ¡No quiero!	Jose Izquierdo
La canción de Aixa	L. Argenteira
El barbero de Sevilla	Miguel Ligero
Erin tres hermanas	Enrica Cergallo
Bohemia	Emilia Allaga
Melodía de arrabal	L. Argenteira
Don Floripondio	C. Gardel
En busca de una canción	Valeriano León
Los hijos de la noche	Luchy Soto
Legend rota	Miguel Ligero
Crimen de medianoche	Juan de Orduña

Martingala	Niño Marchena
Rápido a la muerte	Celia Gámez
Unos tiene ojos de mujer fatal	R. de Sentmenat
Tierra y cielo	Maruchi Fresno
Jai-Alai	Inés de Val
¿Quién me compra un lío?	Maruja Tomás
Sol de Valencia	Maruja Gómez
Alas de paz	Luis de Valdez

SERIE ALFA 2'50 Ptas.

Sabú, Teomay de los elefantes	Sabú
Tú cambiarás de vida	M. Reedgrave
Carmen, la de Triana	L. Argenteira
El sobre isorado	L. Argenteira
La Dolores	Rosita Díaz
La Millena	R. de Sentmenat
Suspiros de España	Miguel Ligero
Gloria del Menzay (Luz de Aragón)	M. de Diego
El octavo mandamiento	Lina Yegros
Rumbo al Cairo	Miguel Ligero
El difunto es un vivo	Antonio Vico
Los dos niños de París	C. Barchon
Melodía de viento	Pedro Terol
¡Es mi hijo!	Lili Dagover
La última avanzada	Cery Grant
Vasaciones Juan Harvey	Mickey Rooney
Margarita Gautier	Celia Gámez
La alegría de la huerta	Robert Taylor
Mortal suspenso	Rona Santacruz
Una chica insuperable	Ann Harding
Bajo manto de la noche	Danielle Darrieux

SELECCIONES BIBLIOTECA FILMS 1'25 ptas.

A la lima y al limón	Miguel Ligero
La Pareja	Maruja Tomás
La Penitencia	Juan Monfort
Verbena	Maruja Tomás
Reina de África	Rafael Medina
Noche de engaño	Amadeo Nazari
Cautivo del deseo	Leslie Howard

BIOGRAFÍAS DEL CINEMA 1'25 ptas.

Imperio Argentino	Miguel Ligero
Estrellita Castro	Maruchi Fresno
Alfredo Mayo	Antonio Vico
Manuel Luna	

CANCIONERO

CANCIONERO - corriente

Precio: 50 cts.

MERCEDITAS LLOPRIU
LUIS MANDAHINO (Tangos)
RODRI MUR (Jazz-Hot)
RAMIRO RUIZ «RAFFLES»
CONCHITA PIQUER (Agotado)
NINA DE LINARES
IMPERIO ARGENTINA (Aika)

JUANITO VALDEHERRAMA
EL AMERICANO
ROSA DE ANDALUCIA
CARLOS GARDEL
NINO LEON
IMPERIO ARGENTINA (Carmen)
ESTRELLITA CASTRO

Números extraordinarios

Precio: 75 cts.

LUIS MARAVILLA «LA COPLA AN-
DALUZA»
CANCIONES DE JAZZ-HOT

EXITOS DEL CINE AMERICANO
MELODIAS MODERNAS DEL JAZZ
(Agotado)

Precio: 1 pta.

EXITOS DEL JAZZ (Agotado)
RITMOS DEL JAZZ
IMPERIO ARGENTINA. CARLOS
GARDEL
MELODIAS DE MODA
CANTE FLAMENCO (Agotado)
RAFAEL MEDINA
JAZZ y CANCIONES de MODA
(Agotado)
MUSA CUBANA «MACHIN». (Ago-
tado)

EXITOS DEL MOMENTO «JAZZ»
(Agotado)
JAZZ-HOT «TRUDI BORA» (Ago-
tado)
JAZZ-HOT Ramón Evaristo y su
Orquesta (Agotado) *
JAZZ-HOT Luis Duque y su Orques-
ta (Agotado)
JAIME PLANAS y sus discos vi-
vientes.

Precio: 1'25 ptas.

LUISITA ESTESO
JAZZ-HOT Orquesta Plantación
IL GASTON y su ORQUESTA de
JAZZ-HOT
SELECCION de EXITOS de JAZZ-
HOT

CONCHITA PIQUER
TRUDI BORA JAZZ-HOT
LUIS ARAQUE JAZZ-HOT
PASTORA IMPERIO
ANDRES MOLTO. JAZZ-HOT
CANALEJAS

Pedidos a



Repartido por
BRUCELOSA

NUESTRO TEATRO

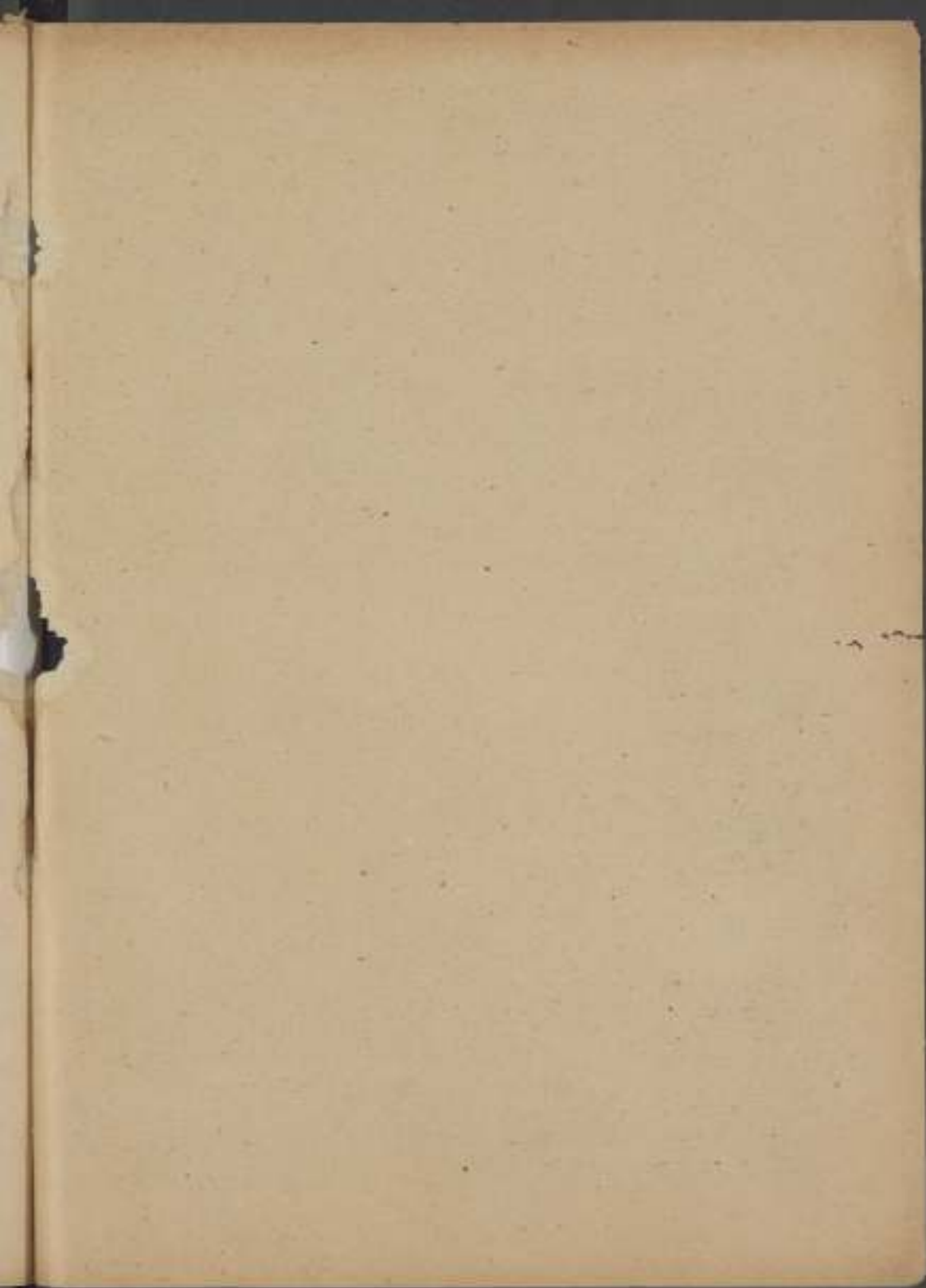
NUMEROS PUBLICADOS

Precio: 2 ptas.

LOS INTERESES CREADOS	J. Benavente
LA TABERNERA DEL PUERTO	F. Romero y G. Fernández Shaw
MARIA DE LA O	Rafael de León
LUISA FERNANDA	F. Romero y G. Fernández Shaw
ROMANCE DE LOLA MONTES	L. F. Ardavin
EL DIFUNTO ES UN VIVO	Prada e Iguino
LOS CLAVELES	Carreño y Sevilla
MORENA CLARA	Quintero y Guillén
LA DEL MANOJO DE ROSAS	Ramos de Castro y A. Carreño
LA MALQUERIDA	J. Benavente
SOL Y SOMBRA	Quintero y Guillén
MOLINOS DE VIENTO	L. Pascual Fruits
LA CANCIÓN DEL OLVIDO	F. Romero y G. Fernández Shaw
LAS CALATRAVAS	F. Romero y J. Tellasche
LA DEL SOTO DEL PARRAL	Luis F. de Sevilla y A. Cárreña
BOHEMIOS	G. Perrin y M. de Palacios

Pedidos a

EDITORIAL «ALAS». - Apartado 707. - BARCELONA





CELEBRIDADES DEL CANCIONERO

(El primero en su género y el que todos imitan)

Primer número de CANCIONERO: Carlos Gardel 30 octubre 1931

Precio: 2'50 pts.

CONCHITA PIQUER

Tatuaje - La Lira - La Caramba - Almudena
Dime que me quieras - Eugenia de Montijo
No me llames Dolores - La niña de la esca-
ción - Etc.



MARUJA TOMAS

Lola Montes - Yedra - La Chiquita Piconera
Fariño - Bebe y Bebe - La niña de la Ven-
tera - Caravana - Doña Luz - ¿Qué te pasa,
Trinidad? - Te lo juro yo - Etc.

MARCOS REDONDO

El Divo - La Tabernera del Puerto - La rosa
del azahar - La del mono de rosas - El
cantor del amero - Luisa Fernanda - La
Parranda - Los gaviilanes - Etc.

IMPERIO ARGENTINA

Coyascas - Carmen - Aixa - Melodía de
arabes - Su noche de bodas - Lo mejor es
leir - Morena clara - La hermana San Sol-
picio - Etc.



RAFAEL MEDINA

Dulces recuerdos - Perdóname - Angellita
Sofar otra vez - Ranchero soy - Presen-
timiento - Tango de amor - Al son de la
marimba - Horas felices - Noches del trópi-
co - Llegó el amor - Mari-Sol - Etc.

ESTRELLITA CASTRO

La copla de Liria Candelas - Romance moris-
co - La Camelia - Los misterios de Tangé-
La danza del fuego - Blanca Paloma - Ma-
drid de mis sueños - Etc.



CONCHITA PIQUER

(ESPECTACULO 1943)

Vengo de Lisboa - Ropa terroída - La rosa
de la bahía - Yo no me quiero enterá - Ro-
mance de los siete niños - Etc.



EDITORIAL



"ALAS"

